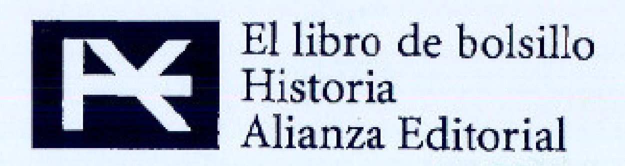
Humanidades

HISTORIA DEL SIGLO XX

31

Stanley G. Payne

El fascismo



pararme, en toda la medida de lo posible, de las emociones políticas y de las moralizaciones superficiales.

Tengo una gran deuda con algunos de mis amigos y colegas de estudios sobre el fascismo, especialmente con George L. Mosse, A. J. Gregor y Juan J. Linz, aunque naturalmente no estemos de acuerdo en cada una de nuestras interpretaciones. También debo agradecimiento a Mary Maraniss, de la *University of Wisconsin Press*, que por segunda vez en muy pocos años se ha encargado de la preparación editorial de mi libro con gran destreza y diligente discreción.

S. G. P.
Madison, Wisconsin
Marzo de 1979

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

El desastre sin precedentes de la Primera Guerra Mundial barrió una gran parte de la base del liberalismo decimonónico e inició una era de revolución y de conflicto político más intensos, de lo que jamás había habido antes ni ha habido después. Una de las principales fuerzas revolucionarias, el comunismo ruso, procedía directamente de la teoría marxista europea y revolucionaria rusa del siglo XIX. La otra gran fuerza radical nueva desencadenada por la Primera Guerra Mundial, el fascismo, era más nueva y más original, pues fue un producto directo de la propia guerra. Antes de 1919 no existía un partido fascista ni una doctrina fascista como tales. Sin embargo, el comunismo se vio rechazado en general por la izquierda europea, y durante toda la generación siguiente se limitó, como régimen, a Rusia. El fascismo italiano [1], fundado en 1919, se vio seguido de imitaciones y paralelismos o por movimientos un tanto análogos en muchos otros países europeos. El fascismo se hizo con una gran parte del poder en Italia a partir de 1922, y un decenio después lo siguió el nazismo alemán. Hubo fuerzas poderosas de carácter aparentemente similar que adquirieron impulso en la Europa centro oriental y en España en el

decenio de 1930, de tal modo que muchos historiadores califican a toda la generación anterior a la Segunda Guerra Mundial como la era fascista en Europa. Pero la extensión de este adjetivo a la descripción de todo un período de la historia de Europa ha introducido tanta confusión como claridad o comprensión, pues lo que el concepto ha ganado en amplitud lo ha perdido rápidamente en precisión.

Es probable que el término «fascismo» sea el más vago de los términos políticos contemporáneos. Quizá se deba a que la palabra en sí no contiene ninguna referencia política implícita, por vaga que sea, como las que contienen los términos democracia, liberalismo, socialismo y comunismo. El decir que el *fascio* italiano (lat. *fasces,* fr. *faisceau,* esp. *Haz*) significa eso, un «haz» o una «unión», no nos dice mucho. Parece que algunas de las definiciones coloquiales más comunes del término son las de «violento», «brutal» y «dictatorial»; pero si fueron esos los puntos primarios de referencia, probablemente habría que calificar a los regímenes comunistas de los más fascistas. La cuestión de la definición creó problemas a los fundadores del fascismo italiano desde un principio, pues no elaboraron un conjunto codificado oficial de doctrinas sino *ex post facto,* unos años después de la llegada de Mussolini al poder, e incluso entonces sólo en parte. El problema se ve complicado por el hecho de que mientras casi todos los partidos y regímenes comunistas prefieren llamarse comunistas, la mayor parte de los movimientos políticos de la Europa de entreguerras a los que se suele calificar de fascistas no utilizaban, de hecho, ese nombre al hablar de sí mismos. Los problemas de definición y clasificación que surgen son tan graves que no es sorprendente que algunos estudiosos prefieran dar a los movimientos fascistas putativos sus nombres individuales específicos, sin aplicarles el adjetivo clasificador. Otros llegan incluso a negar que exista el fenómeno general del fascismo europeo, como cosa distinta del fascismo italiano de Mussolini.

Si se ha de estudiar el fascismo, primero hay que identificarlo, y es dudoso que pueda hacerse en ausencia de algún tipo de definición de trabajo. Esa definición, o mejor dicho, descripción, debe derivarse de un estudio empírico de los movimientos europeos de entreguerras. Naturalmente, debe tratarse hasta cierto punto de una construcción o abstracción teórica, pues no es forzoso hallar que un solo movimiento del grupo en observación haya anunciado un programa o se haya definido a sí mismo en los términos exactos de esta descripción. Y esa definición hipotética tampoco implicaría en absoluto que cada uno de los objetivos y de las características identificados fueran necesariamente exclusivos de los movimientos fascistas, pues la mayor parte de esos aspectos podrían encontrarse en una o más especies distintas de movimientos políticos. El argumento sería más bien que, *tomada como un todo,* la definición describiría lo que todos los movimientos fascistas tenían en común, sin tratar de describir las características exclusivas de cada grupo. Por último, y por razones que se comentarán más adelante, la definición podría referirse sólo a los movimientos fascistas europeos de entreguerras, y no a una categoría supuesta de regímenes o sistemas fascistas.

Toda definición de las características comunes de los movimientos fascistas debe utilizarse con mucha cautela, pues los movimientos fascistas diferían entre sí en tantos aspectos como características nuevas y notables tenían en común. Por eso es útil un inventario general de sus características distintivas, no como definición cabal y completa de esos movimientos en y por sí mismos, sino únicamente como indicación de las principales características que compartían y que los distinguen (en la mayor parte de los aspectos, pero no de forma absoluta) de otros tipos de fuerzas políticas.

Cabe ilustrar los problemas que entraña el llegar a una serie inductiva de características mediante una referencia a la tentativa anterior más tajante de establecer una definición

por criterios del fascismo genérico: el «mínimo fascista» de seis puntos postulado por Ernst Nolte[2]. Consiste en un conjunto de negativas, un aspecto central de organización, una doctrina del caudillaje y un objetivo estructural básico, expresados como sigue:

antimarxismo
antiliberalismo
anticonservadurismo
el principio del caudillaje
un ejército del partido
el objetivo del totalitarismo.

Esta tipología establece correctamente las negaciones fascistas, pero postula tres características primarias derivadas especialmente del nacionalsocialismo alemán que en una formulación tan simple no se pueden correlacionar con otras variedades de una especie política más amplia[3].

Las características comunes de los movimientos fascistas se referían a un conjunto nuevo de negaciones comunes, a aspectos de un nuevo estilo formal, a formas algo nuevas de organización y, en diversos modos o grados, a una nueva orientación en materia de cultura e ideología políticas, aunque siempre con diferencias muy fundamentales en el carácter específico de esas formas e ideas nuevas. Así, para llegar a una definición por criterios aplicable a todos los movimientos fascistas de entreguerras *strictu sensu*, parece oportuno identificar: a) las negaciones fascistas; b) los puntos comunes en materia de ideología y objetivos; y c) las características especiales comunes de estilo y organización[4].

La tipología descriptiva del cuadro 1 se sugiere únicamente como un mecanismo analítico de alcance limitado para una definición comparada. No aspira a establecer una categoría rígidamente reificada, sino una definición flexible de espectro amplio que sirva para identificar varios movimientos supuestamente fascistas, y al mismo tiempo para separarlos de otros tipos de movimientos revolucionarios o

CUADRO 1. **Descripción tipológica del fascismo**

A. *Las negaciones fascistas:*

- Antiliberalismo
- Anticomunismo
- Anticonservadurismo (aunque en el entendimiento de que los grupos fascistas estaban dispuestos a concertar alianzas temporales con grupos de cualquier otro sector, por lo general con la derecha).

B. *Ideología y objetivos:*

- Creación de un nuevo Estado nacionalista autoritario, no basado únicamente en principios ni modelos tradicionales.
- Organización de algún tipo nuevo de estructura económica nacional integrada, regulada y pluriclasista, se llamara nacionalcorporativa, nacionalsocialista o nacionalsindicalista.
- El objetivo del imperio o de un cambio radical en la relación de la nación con otras potencias.
- Defensa específica de un credo idealista y voluntarista, que normalmente implicaba una tentativa de realizar una nueva forma de cultura secular, moderna y autodeterminada.

C. *Estilo y organización:*

- Importancia de la estructura estética de los mítines, los símbolos y la coreografía política, con insistencia en los aspectos románticos y místicos.
- Tentativa de movilización de las masas, con militarización de las relaciones y el estilo políticos y con el objetivo de una milicia de masas del partido.
- Evaluación positiva y uso de la violencia, o disposición al uso de ésta. Extrema insistencia en el principio masculino y la dominación masculina, al mismo tiempo que se defendía la visión orgánica de la sociedad.
- Exaltación de la juventud sobre las otras fases de la vida, con hincapié en el conflicto entre generaciones, por lo menos al efectuar la transformación política inicial.
- Tendencia específica a un estilo de mando personal, autoritario y carismático, tanto si al principio el mando es en cierta medida electivo como si no lo es.

nacionalistas. Así, cabría entender que cada movimiento poseía además otras creencias, características y objetivos que consideraba muy importantes y que no contradecían las características comunes, sino que sencillamente se añadían a éstas o iban más allá que ellas.

El término de fascista no se utiliza sólo porque sea el convencional, sino porque el movimiento italiano fue la primera fuerza considerable que exhibió esas características (o por lo menos casi todas ellas) como un nuevo tipo, y durante mucho tiempo fue el más influyente ideológicamente. Constituyó el tipo cuyas ideas y cuyos objetivos era más fácil generalizar, especialmente en comparación con el nacionalsocialismo.

La naturaleza de las negaciones fascistas parece bastante clara. Como «últimos llegados» (en frase de Linz), los movimientos nacionalistas radicales de la primera postguerra mundial a los que llamamos fascistas tenían que abrirse un espacio político e ideológico nuevo, y fueron excepcionales en su hostilidad a todas las grandes corrientes establecidas, de izquierda, de derecha y de centro. Sin embargo, esta actitud básica se veía complicada por la necesidad de encontrar aliados políticos en la campaña por lograr el poder. Como esos movimientos surgieron sobre todo en países con sistemas parlamentarios establecidos, y a veces se apoyaban desproporcionadamente en las clases medias, no podían tratar en absoluto de llegar al poder mediante una guerra civil revolucionaria, como hicieron los regímenes leninistas puros. Aunque los fascistas de Italia y Rumanía establecieron alianzas tácticas efímeras con el centroderecha (y en Portugal con la izquierda anarquista), sus aliados solían encontrarse en la derecha, en especial en la derecha autoritaria radical, y el fascismo italiano como entidad semicoherente se definió en parte por su fusión con uno de los más radicales de todos los movimientos de la derecha autoritaria europea, la Asociación Nacionalista Italiana (ANI). Esas alianzas exigían a veces concesiones tácticas, estructurales y programáticas. Los dos únicos dirigentes fascistas que llegaron de forma efectiva al poder, Hitler y Mussolini, comenzaron sus gobiernos con coaliciones multipartidistas, y Mussolini, pese a la creación subsiguiente de un Estado oficialmente unipartidista, jamás escapó del todo a la componenda pluralista con la que había empezado. Además, como las doctrinas de la derecha autoritaria solían ser más precisas, más claras y mejor articuladas –y a menudo más prácticas– que las de los fascistas, su capacidad de influencia ideológica y programática era considerable. Sin embargo, las ideas y los objetivos de los fascistas diferían en varios aspectos fundamentales de los de la nueva derecha autoritaria (como se comentará de forma detallada más adelante), y se mantuvo firmemente la intención de trascender el conservadurismo derechista, así como el liberalismo y el marxismo, aunque no siempre se realizara con claridad en la práctica.

Gran parte de la confusión y de la ambigüedad que rodean a la interpretación de los movimientos fascistas se debe al hecho de que en muy pocas ocasiones lograron pasar a la fase de participación en el gobierno, y Alemania fue el único caso en que un régimen en el poder puso en práctica todo el contenido de una doctrina fascista, en la forma de su variante más radical. Por eso resulta difícil generalizar acerca de los sistemas fascistas o de la doctrina fascista del Estado, pues incluso en la variante italiana hubo importantes componendas. Lo único que cabe establecer con claridad es que las aspiraciones fascistas acerca del Estado eran exclusivamente suyas, porque no se limitaban a la doctrina autoritaria tradicional, como la monarquía o el corporativismo, sino que planteaban un nuevo sistema secular radical, normalmente republicano y autoritario. Pero no parece justificado especificar el objetivo del pleno totalitarismo, como hace Nolte, pues, al revés que el leninismo, los movimientos fascistas nunca proyectaron una teoría del Estado con una

centralización y una burocratización suficientes para hacer posible un totalitarismo absoluto. De este problema se tratará con más detalle en los capítulos siguientes.

Ningún aspecto está menos claro en las doctrinas de la mayor parte de los movimientos fascistas que el de la estructura y los objetivos económicos. El convertir al fascismo en sinónimo de corporativismo es evidentemente incorrecto, pues sólo una minoría de los fascistas italianos eran partidarios del corporativismo antes de la transacción de Mussolini con la monarquía y la fusión con los nacionalistas. Lo que es más importante, la forma más radical y desarrollada del fascismo, el nacionalsocialismo alemán, rechazaba explícitamente el corporativismo formal (debido en parte a su pluralismo). A la inversa, la tesis frecuente entre los autores marxistas de que el objetivo de los movimientos fascistas era impedir cambios económicos en las relaciones de clase no se ve corroborada por los propios movimientos; pero como ningún movimiento fascista llegó a terminar por completo la elaboración de un sistema económico propio, la cuestión resulta teórica. Lo que sí tenían en común los movimientos fascistas era el objetivo de una estructura y una relación funcional nuevas de los sistemas sociales y económicos, en las que se eliminara la autonomía (o, en algunas propuestas, la existencia) del gran capitalismo, se modificara el carácter de la condición social y se creara una nueva relación de producción comunitaria o recíproca. A esto se le daba toda una variedad de nombres, y lo más frecuente era que se dejara sin aclarar su articulación precisa.

Se dice que el fascismo era imperialista por definición, pero esto no queda totalmente claro si se hace una lectura comparada de los programas de los diversos movimientos fascistas. La mayoría eran, efectivamente, imperialistas, pero parece que todos los tipos de movimientos y sistemas políticos han producido políticas imperialistas, mientras que varios movimientos fascistas estaban poco interesados en nuevas ambiciones imperiales, o incluso las rechazaban. Todos ellos, no obstante, aspiraban a un nuevo orden en las relaciones exteriores, a una nueva relación o conjunto de alianzas con respecto a los estados y las fuerzas contemporáneas, y a que su nación tuviera una posición nueva en Europa y en el mundo.

La ideología y la cultura fascistas merecen más atención de la que reciben normalmente, pues la doctrina fascista, igual que todas las demás, se derivaba de ideas, y las ideas de los fascistas tenían claras bases filosóficas y culturales, pese a frecuentes afirmaciones en contra. A menudo se dice que las ideas filosóficas fascistas derivaban de la oposición a la Ilustración o a las «ideas de 1789», cuando de hecho son un producto directo de aspectos de la Ilustración, y derivaban directamente de los aspectos modernos, seculares y prometeicos del siglo XVIII. Es probable que la divergencia esencial de las ideas fascistas respecto de determinados aspectos de la cultura moderna se halle más exactamente en el antimaterialismo del fascismo, y en la importancia que atribuía al vitalismo y al idealismo filosóficos y a la metafísica de la voluntad. La cultura fascista, al revés que la de la derecha, era secular en la mayoría de los casos, pero al contrario de la de la izquierda y hasta cierto punto la de los liberales, se basaba en el idealismo y el vitalismo y en el rechazo del determinismo económico, tanto el de Manchester como el de Marx. El objetivo del idealismo y el vitalismo metafísicos era la creación de un hombre nuevo, un nuevo estilo de cultura que lograse la excelencia tanto física como artística y que ensalzase el valor, la osadía y la superación de los límites anteriormente establecidos mediante el desarrollo de una cultura nueva y superior que comprometiese al hombre entero. Los fascistas esperaban recuperar el verdadero sentido de lo natural y de la naturaleza humana –idea básicamente dieciochesca– en un plano más elevado y más firme de lo que había logrado hasta entonces la cultura reduccionista

del materialismo moderno y del egotismo prudencial. El hombre libre natural, cuya voluntad y determinación estuvieran desarrolladas, podría reevaluarse e ir más allá de sí mismo, y no titubearía en sacrificarse en aras de esos ideales. Esas formulaciones modernas rechazaban el materialismo del siglo XIX, pero no representaban nada que pudiera calificarse de vuelta a los valores morales y espirituales tradicionales del mundo occidental antes del siglo XVIII. Representaban una tentativa específica de alcanzar una forma moderna, normalmente atea, de transcendencia, y no, como dice Nolte, una «resistencia a la transcendencia».

Muchos observadores se sintieron impresionados por el ambiente novedoso de los mítines fascistas en los decenios de 1920 y 1930. Todos los movimientos de masas emplean símbolos y diversos efectos emotivos, y quizá fuera difícil establecer que la estructura simbólica de los mítines fascistas era completamente diferente de la de otros grupos revolucionarios. Pero lo que sí parecía claramente distinto era el gran hincapié que se hacía en mítines, marchas, símbolos visuales y rituales ceremoniales o litúrgicos, a los que en la actividad fascista se les daba un papel central y una función que iba más allá de lo que ocurría en los movimientos revolucionarios de izquierda. Con ello se trataba de envolver al participante en una mística y en una comunidad de ritual que apelaba al factor religioso, además de al meramente político.

En su mayor parte, los movimientos fascistas no lograron movilizar verdaderamente a las masas, pero sin embargo resulta característico que fuera ése su objetivo, pues siempre trataron de transcender el carácter de camarilla parlamentaria elitista de los grupos liberales poco movilizados, o el mero exclusivismo sectario y el recurso a la manipulación elitista que se solía encontrar en la derecha autoritaria. Junto a la campaña de movilización de las masas se daba uno de los rasgos más característicos del fascismo: su tentativa de

militarizar la política en una medida *sin precedentes*. Para ello se hacía que los grupos de milicias fueran algo central en la organización del movimiento y se utilizaban insignias y terminología militares a fin de reforzar el sentimiento de nacionalismo y de combate constante. Las milicias de partido no las inventaron los fascistas, sino la extrema izquierda y la derecha radical (por ejemplo, la Action Française), y en un país como España, *los «movimientos de camisas»* predominantes que practicaban la violencia callejera eran los de la izquierda revolucionaria. Sin embargo, la oleada inicial del *fascismo centroeuropeo se basó desproporcionadamente en* excombatientes de la Primera Guerra Mundial y en su *ethos* militar. En general, la milicia del partido desempeñó un papel mayor, y se desarrolló en mayor grado, entre los fascistas que entre los grupos de izquierdas.

Esto guardaba relación con la evaluación positiva de la violencia y la lucha que se hacía en la doctrina fascista. Todos los *movimientos revolucionarios de masas* han iniciado y practicado la violencia en mayor o menor medida, y probablemente sea imposible llevar la violencia a mayores extremos de lo que han hecho algunos regímenes leninistas, que han practicado, como decía uno de los viejos bolcheviques, la «compulsión infinita». El único rasgo excepcional de la relación fascista con la violencia era la evaluación teórica que hacían algunos movimientos fascistas: la violencia poseía un cierto valor positivo y terapéutico en y por sí misma, y una cierta cantidad de combate violento constante, en el sentido del darwinismo social de fines del siglo XIX, era necesaria para la buena salud de la sociedad nacional.

Esto, a su vez, guardaba relación con otra característica fundamental: la insistencia en lo que se califica actualmente de «chauvinismo masculino» y la tendencia a exagerar el principio masculino en todos los aspectos de su actividad. En la era del fascismo todas las fuerzas políticas europeas estaban abrumadoramente dirigidas e integradas por hom-

bres, y quienes hablaban de la igualdad de la mujer de labios para afuera, de hecho sentían muy poco interés por ella. Pero los fascistas fueron los únicos que transformaron en fetiche perpetuo la «virilidad» de su movimiento y su programa y estilo, lo cual sin duda se debía en gran medida al concepto fascista de la militarización de la política y a la necesidad de un combate constante. Al igual que los grupos derechistas y algunos de la izquierda, el concepto fascista de la sociedad era orgánico[5]; pero en esa relación debían predominar los derechos del varón. Ningún otro tipo de movimiento manifestaba un horror tan completo a la más leve sugerencia de androginia.

Casi todos los movimientos revolucionarios hacen un llamamiento especial a los jóvenes y recurren desproporcionadamente a los activistas jóvenes. En el decenio de 1920 incluso los partidos parlamentarios moderados habían empezado a formar sus propias secciones juveniles. Pero la exaltación fascista de la juventud era excepcional, porque no sólo le hacía un llamamiento especial, sino que además exaltaba a la juventud por encima de las demás generaciones sin excepción, y en mayor medida que ninguna otra fuerza se basaba en el conflicto entre generaciones. Sin duda, ello se debía en parte a lo reciente que era el fascismo y a la identificación de las fuerzas establecidas, comprendida gran parte de la izquierda, con dirigentes y miembros de la generación mayor, procedente de la preguerra. También se debía en parte al concepto orgánico de la nación y de la juventud como su nueva fuerza vital, y al predominio de la juventud en la lucha y la militarización. El culto fascista de la osadía, la acción y la voluntad de un nuevo ideal, sintonizaba inherentemente con la juventud, que podía responder de una forma que resultaba imposible a públicos más viejos, más débiles y más experimentados y prudentes, o más materialistas.

Por último, podemos convenir con Pareto y Michels en que casi todos los partidos y movimientos dependen de élites y de líderes para su funcionamiento; pero algunos lo reconocen de forma más explícita y llevan la idea a mayores extremos. Es evidente que la jefatura fuerte y autoritaria, y el culto de la personalidad del jefe, no se limitan a los movimientos fascistas, y ni siquiera es cierto que todos los movimientos fascistas consagraran, como sugiere Nolte, el *Führerprinzip* de un solo jefe todopoderoso. La mayor parte de los movimientos fascistas empezaron basándose en una jefatura elegida –elegida al menos por la élite del partido–, y así ocurrió incluso con los nacionalsocialistas. La versión española del *Führerprinzip*, la teoría y la práctica del caudillaje, la introdujo la derecha nacionalista en la persona de Franco y se les impuso a los fascistas. Pero existía una tendencia general a exaltar la función de la jefatura, la jerarquía y la subordinación, a mostrar deferencia ante la función creadora de la jefatura, más que ante la ideología precedente o una línea burocratizada de partido.

Tres caras del nacionalismo autoritario

El análisis comparado de los movimientos de tipo fascista se ha visto complicado, y muchas veces enturbiado, por una tendencia común a identificar a estos movimientos con formas más conservadoras y derechistas de nacionalismo autoritario en el período de entreguerras y después de éste.

Los movimientos fascistas representaron la expresión más extremada del nacionalismo europeo moderno, pero no eran sinónimos de todos los grupos nacionalistas autoritarios. Estos últimos eran pluriformes y muy diversos, y en su tipología iban mucho más lejos que el fascismo, o se quedaban muy cortos en comparación con él, además de diferenciarse en aspectos fundamentales.

La confusión entre los movimientos fascistas en particular y los grupos nacionalistas autoritarios en general se

debe a que el apogeo del fascismo coincidió con una era general de autoritarismo político que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial se había hecho con el control, de una forma o de otra, de las instituciones políticas de la mayoría de los países europeos. Sería torpemente inexacto aducir que este proceso ocurrió independientemente del fascismo, pero tampoco era meramente sinónimo de fascismo.

Por eso, con fines del análisis comparado, resulta crucial distinguir claramente entre los movimientos fascistas *per se* y la derecha autoritaria no fascista (o a veces protofascista). A principios del siglo XX surgió un grupo de nuevas fuerzas derechistas y conservadoras autoritarias en la política europea que rechazaba el conservadurismo moderado del siglo XIX y la reacción simple a la vieja usanza, y propugnaba un sistema autoritario más moderno, técnicamente eficaz, distinto tanto de la revolución izquierdista como del radicalismo fascista. A su vez, estas fuerzas de la nueva derecha pueden dividirse en, por una parte, los elementos de la derecha radical y, por otra, la derecha autoritaria más conservadora[6], como se sugerirá más adelante (véanse como ejemplos los sugeridos en el cuadro 2).

Los nuevos grupos autoritarios de la derecha combatían en gran medida las mismas cosas a las que se oponían los fascistas (en especial el liberalismo y el marxismo), y propugnaban efectivamente los mismos objetivos. Además, hubo muchos ejemplos de alianzas tácticas –por lo general pasajeras y circunstanciales– entre fascistas y derechistas autoritarios, e incluso casos de fusión pura y simple, especialmente entre fascistas y derechistas radicales, que siempre estuvieron más cerca de los fascistas que la derecha autoritaria más moderada y conservadora. De ahí la tendencia general a poner en el mismo saco estos fenómenos distintos, que se ha visto reforzada por los historiadores y los comentaristas ulteriores que tienden a identificar a los grupos fascistas con la categoría de la derecha o de la extrema derecha[7].

CUADRO 2. **Tres caras del nacionalismo autoritario**

País	*Fascistas*	*Derecha radical*	*Derecha conservadora*
ALEMANIA	NSDAP	Hugenburg, Papen, Stahlhelm	Hindemburg, Brüning, Schleicher, Wirtschaftpartei
AUSTRIA	NSDAP	Heimwehren	Socialcristianos, Frente de la Patria
BÉLGICA	Rex tardío, VNV tardío, Légion Nationale	Verdinaso	Rex inicial, VNV inicial
ESPAÑA	Falange	Carlistas, Renovación Española	CEDA
ESTONIA		Liga de Excombatientes	Pāts
FINLANDIA	Lapua/IKL	Sociedad Académica de Karelia	¿Mannerheim?
FRANCIA	Faisceau, Francistes, PPF, RNP	AF, Jeunesses Pat., Solidarité Française	Croix de Feu, Vichy
HUNGRÍA	La Cruz y la Flecha, Nacionalsocialistas	Radicales de derechas	Horthy, Partido Nacional Unificado
ITALIA	PNF	ANI	Sonnino, Salandra
JAPÓN	Nacionalsoc/parte de la Vía Imperial	Japonesistas, parte de Control	Konoye/IRAA
LETONIA	Cruz del Trueno		Ulmanis
LITUANIA	Lobo de Hierro	Tautininkai	Smetona
MÉXICO	Camisas de Plata	Cristeros/Sinarquistas	PRI
POLONIA	Falanga, OZN	Nacional-radicales.	Pilsudski, BBWR
PORTUGAL	Nacional-sindicalistas	Integristas	Salazar/UN
RUMANIA	Guardia de Hierro	Nacional-cristianos	Carolistas, Manoilescu
SUDÁFRICA	Camisas Grises	Ossewa-Brandwag	Unión Nacional
YUGOSLAVIA	Ustasa, Zbor	Orjuna	Alejandro, Stojadinovic

Pero esto no es correcto sino en la medida en que se tenga la intención de separar a todas las fuerzas autoritarias opuestas tanto al liberalismo como al marxismo y asignarles la etiqueta arbitraria de «fascismo», al mismo tiempo que se pasan por alto las diferencias básicas entre ellas. Es un poco como si se identificara el estalinismo con la democracia rooseveltiana porque ambos se opusieron al hitlerismo, al militarismo japonés y al colonialismo europeo occidental.

El fascismo, la derecha radical y la derecha autoritaria conservadora diferían entre sí de varias formas. En lo teórico, la derecha autoritaria conservadora, y en muchos casos también la derecha radical, se basaban en la religión más que en ninguna nueva mística cultural como el vitalismo, el irracionalismo o el neoidealismo secular. De ahí que el «hombre nuevo» de la derecha autoritaria se basara en –y en muchos aspectos se viera limitado por– los preceptos y los valores de la religión tradicional, o más específicamente, de las interpretaciones conservadoras de ésta. Se repudiaba el sorelismo y el nietzscheanismo de los fascistas puros en pro de un enfoque más práctico, racional y esquemático.

Si bien es cierto que los fascistas y los autoritarios conservadores estaban a menudo casi diametralmente opuestos en los terrenos cultural y filosófico, varios elementos de la derecha radical, como los españoles, eran tan conservadores en el terreno cultural y tan abiertamente religiosos como la derecha autoritaria conservadora. Otros, sobre todo en Europa central, tendían a abrazar cada vez más unas doctrinas vitalistas y biológicas que no diferían mucho de las de los fascistas más puros. Otros, en Francia y en otras partes, adoptaban una postura rígidamente racionalista, completamente diferente del irracionalismo y el vitalismo de los fascistas, al mismo tiempo que trataban de adoptar de manera puramente formal un marco político de religiosidad.

La derecha autoritaria conservadora no era anticonservadora más que en el sentido limitado de haber roto con las formas parlamentarias del conservadurismo moderado y parlamentario. Pero deseaba evitar las rupturas radicales con la continuidad jurídica, si era posible, y normalmente no proponía más que una transformación parcial del sistema en un sentido más autoritario. En cambio, la derecha radical deseaba destruir todo el sistema político del liberalismo vigente y de arriba abajo. Pero incluso la derecha radical titubeaba en hacer suyas formas totalmente radicales y nuevas de autoritarismo, y normalmente aspiraba a una reorganización de la monarquía o a un corporativismo ecléctico neocatólico, o a una combinación de ambas cosas. Tanto la derecha radical como la autoritaria conservadora templaban considerablemente su defensa del elitismo y de una jefatura fuerte con la invocación de legitimidades tradicionales.

La derecha autoritaria conservadora prefería evitar las novedades en todo lo posible, tanto en la formación de nuevas élites como en la dictadura, mientras que la derecha radical estaba dispuesta a ir más lejos en ambos respectos, aunque no tan lejos como los fascistas.

Por lo general, aunque no siempre, la derecha autoritaria conservadora establecía una clara distinción entre ella misma y el fascismo, mientras que la derecha radical optaba, deliberadamente a veces, por difuminar esas diferencias. Pero en el vértigo fascista que afligió a un sector tan grande del nacionalismo europeo en el decenio de 1930, incluso algunos sectores de la derecha autoritaria conservadora adoptaron parte de las apariencias y los aspectos externos del fascismo, aunque no deseaban, ni hubieran sido capaces de reproducir, todas las características del fascismo genérico.

Aunque la derecha autoritaria conservadora tardó en comprender la idea de la política de masas, a veces logró exceder a los fascistas en la movilización del apoyo de las masas y recurrió a amplios estratos de gentes del campo y de la clase media baja. Normalmente, la derecha radical era el

más débil de los tres sectores en cuanto a atractivo popular, pues no podía competir con los fascistas en una campaña cuasi revolucionaria de movilización interclasista, y no podía aspirar al apoyo de los grandes grupos de elementos más moderados que a veces apoyaban a la derecha autoritaria conservadora. En una medida todavía mayor que ésta, la derecha radical tenía que basarse en elementos elitistas de la sociedad y las instituciones establecidas (por mucho que deseara cambiar las instituciones políticas), y su táctica se encaminaba a manipular la estructura de poder, más que a la conquista política desde el exterior recurriendo al apoyo popular.

Así, la derecha radical solía esforzarse especialmente por utilizar el sistema militar con fines políticos, y en el peor de los casos estaba dispuesta a aceptar el pretorianismo a secas –el gobierno de los militares–, aunque éste debería ajustarse a los principios de la derecha radical. Los fascistas eran los más débiles de estas fuerzas en cuanto a generar apoyo entre los militares, pues la derecha autoritaria conservadora podía esperar, en los momentos de crisis, incluso más asistencia militar que la derecha radical; su legalismo y su populismo le permitían invocar con más facilidad los principios de la continuidad de la legalidad, la disciplina y la aprobación popular. En consecuencia, los esfuerzos tanto de la derecha autoritaria conservadora como de la derecha radical por organizar su propia milicia no solían llegar a la competencia con las fuerzas armadas. En cambio, los fascistas no aspiraban más que a la neutralidad, o en algunos casos al apoyo parcial de los militares, al mismo tiempo que rechazaban el pretorianismo genuino, pues comprendían perfectamente que el gobierno militar *per se* impedía el gobierno fascista, y que la militarización fascista generaba una especie de competencia revolucionaria con el ejército. Hitler no logró la plenitud del poder hasta que consiguió dominar totalmente al ejército. A la inversa, cuando el nuevo sistema estaba encabezado por un general –Franco, Petain, Antonescu–, los movimientos fascistas quedaban relegados a un papel subordinado, y al final insignificante. Mussolini, en cambio, estableció un sistema sincrético o policrático que reconocía una amplia autonomía a los militares, al mismo tiempo que limitaba la del partido.

En contra de lo que se suele decir, el desarrollo económico era uno de los principales objetivos de los grupos de las tres categorías, aunque hubo excepciones (la más notable de las cuales quizá fuera la del *Estado Novo* portugués en sus comienzos). Los fascistas, que formaban el sector más «modernizador» de los tres, eran los que daban más prioridad al desarrollo moderno (también con algunas excepciones), aunque, según las variedades nacionales, algunos grupos de la derecha radical y de la autoritaria conservadora también le otorgaron gran prioridad. Los derechistas radicales y los autoritarios conservadores, casi sin excepción, se hicieron corporativistas en el terreno formal de la economía política, pero los fascistas eran mucho menos explícitos, y en general menos esquemáticos.

Una de las diferencias principales entre los fascistas y los dos sectores derechistas se refería a la política social. Aunque los tres sectores propugnaban la unidad social y la armonía económica, para casi todos los grupos de las derechas radical y autoritaria conservadora, esto tendía a significar una congelación del *statu quo*. De la cuestión del fascismo y la revolución se tratará más adelante, pero baste decir que en general a los fascistas les interesaba más cambiar las relaciones de clase y de condición social y utilizar formas más radicales de autoritarismo para alcanzar ese objetivo. Los sectores derechistas eran simplemente más derechistas, es decir, estaban interesados en mantener una parte mayor de la estructura existente de la sociedad, con la menor modificación posible, salvo para promover unas nuevas élites derechistas limitadas y debilitar al proletariado organizado.

En general era menos probable que la derecha autoritaria conservadora propugnase una forma agresiva de imperialismo, pues ello a su vez implicaría unas políticas internas más drásticas y acarrearía nuevos peligros del tipo que esos movimientos estaban ideados primordialmente para evitar. Pero no cabía decir lo mismo de la derecha radical, cuyo radicalismo y actitud militarista solía comprender la expansión agresiva. De hecho, había elementos de la derecha radical que muchas veces eran más imperialistas que los elementos moderados o «izquierdistas» (revolucionarios sociales) del fascismo.

Como gran generalización, pues, los grupos de la nueva derecha autoritaria conservadora simplemente adoptaban actitudes más moderadas y generalmente más conservadoras en torno a cada cuestión que los fascistas. Aunque a mediados del decenio de 1930 se habían apoderado de parte de la estética, la coreografía y los aspectos externos del fascismo, el estilo de la derecha autoritaria conservadora hacía hincapié en una continuidad conservadora más directa, y era fácil advertir que sus tonos simbólicos eran más tradicionales.

En cambio, la derecha radical no sólo difería del fascismo por ser más moderada o más conservadora en el sentido positivo, sino por ser más derechista. Su apoyo dependía más de las élites y la estructura existentes, por demagógica que pareciese su propaganda, y no estaba dispuesta a aceptar por completo la movilización de masas interclasista ni los cambios sociales económicos y culturales implícitos que exigía el fascismo. En algunos aspectos –en relación con la violencia, el autoritarismo, el militarismo y el imperialismo–, no obstante, la derecha radical era tan extremista como los fascistas, y en esos aspectos era en los que la derecha radical se distinguía más de la derecha autoritaria conservadora. En los ejemplos concretos que se comentarán en los capítulos siguientes será más fácil aprehender esas diferencias.

2. Algunos antecedentes históricos del nacionalismo autoritario en Europa

Las fuentes del autoritarismo de derecha

A primera vista, cabría suponer que los orígenes de la derecha autoritaria del siglo XX se hallaban en las primeras reacciones a la erupción de las fuerzas liberales e izquierdistas durante la Revolución Francesa e inmediatamente después. Aunque existen vínculos innegables entre la nueva derecha autoritaria de fines del siglo XIX y principios del XX y las fuerzas del tradicionalismo, el neolegitimismo y la reacción que la precedieron en cien años, también hay grandes diferencias. Los movimientos reaccionarios de principios del siglo XIX tendían a ser simple y directamente tradicionalistas, pretendían evitar el desarrollo de la sociedad moderna, urbana, industrial y de masas, en lugar de transformarla, mientras que a fines de siglo los grupos neoderechistas se habían hecho mucho más complejos, y trataban de adaptarse a su manera a los problemas sociales, culturales y económicos modernos.

La aparición de las nuevas formas de autoritarismo de derechas fue un proceso largo, muchas veces lento y complejo, pues en los últimos decenios del siglo el parlamenta-

4. Los regímenes de Mussolini y de Hitler

El régimen de Mussolini

Fases

Uno de los grandes obstáculos a toda definición del fascismo italiano es el problema de distinguir entre las diferentes fases, tanto del movimiento como del régimen. Las prioridades y la orientación variaron mucho de una fase a la siguiente, y resulta difícil establecer generalizaciones válidas. En la primera fase, desde la Marcha sobre Roma hasta principios de 1925, el régimen fue una continuación en gran parte constitucional de los gobiernos de coalición. La segunda fase fue la de construcción de la dictadura, desde 1925 hasta 1929. A esto siguieron tres años de una falta de activismo y un consenso relativos, desde 1929 a 1932. Vino después un período de política exterior activa y continuación del consenso en el interior, de 1933 a 1936. Siguieron los años de la autarquía y la seminazificación (1936-1940), a los que sucedieron la guerra (1940-1943), y por último el régimen títere de Saló (1943-1945).

Aunque la segunda fase aportó la construcción del primer nuevo sistema autoritario duradero institucionalizado y se-

mipluralista de Europa desde la época de Luis Napoleón, todas y cada una de las tres primeras fases implicaron un proceso de control y purga del propio movimiento fascista para lograr un sistema nuevo y semipluralista. Una refascistización en gran medida ficticia se produjo algo tarde, cada vez más bajo la influencia del nacionalsocialismo. Cuando por fin Mussolini fue derrocado por una combinación de fascistas moderados y de la derecha no fascista, su último gobierno intentó un regreso formal al radicalismo nacional sindicalista, pero no logró sobrevivir más que como títere de Alemania.

Estructura

Aunque el Partido Fascista logró exponer determinadas doctrinas e ideas sobre el nacionalsindicalismo que podrían formar la base de un sistema político alternativo, no tenía una teoría política clara de un nuevo Estado, y Mussolini asumió el puesto de primer ministro sin ningún plan específico de un sistema nuevo, dictatorial o no. Al expresar las diferencias, Giuseppe Bottai decía: «Los fascismos [en su diversidad pluralista] marcharon sobre Roma... [pero ahora] en Roma tenemos que fundar un fascismo [unificado]»[1]. Aunque Mussolini empezó inmediatamente a apretarles las clavijas a los sectores más extremistas de la izquierda nacionalista (los d'annunzistas) y de la izquierda internacionalista (los comunistas), uno de sus principales problemas era cómo hacer frente y coordinar al propio Partido Fascista. Rápidamente se instituyó un Gran Consejo como órgano rector del partido bajo el control de Mussolini (diciembre de 1922), y después este último actuó para reafirmar la supremacía de los prefectos estatales sobre los jefes del partido en los distritos (enero de 1923) y transformó a los *squadristi* en una milicia estatal oficial, la MVSN (enero de 1923),

sometida en parte al control de los militares de carrera. Por último, los nacionalistas de derechas realizaron la plena fusión con los fascistas (febrero de 1923), lo que dio un tono más derechista, aunque no necesariamente conservador, al movimiento.

Mussolini no tuvo la oportunidad de dominar completamente la situación política hasta las elecciones de abril de 1924, en las que la coalición fascista obtuvo el 70%, aproximadamente, de los escaños. El asesinato, dos meses después, del diputado socialista Matteotti por los *squadristi* (tras el asesinato de un dirigente fascista de segunda fila en Roma por activistas de la oposición) inspiró una nueva decisión a la oposición y puso a Mussolini en una encrucijada, donde se enfrentaba con la alternativa de idear un sistema claramente autoritario institucionalizado con carácter permanente, o renunciar al poder.

La elaboración de la primera opción no fue algo tan sencillo ni era tan inevitable como ha parecido a veces a comentaristas ulteriores. Antes del decenio de 1920, la teoría política moderna no tenía una doctrina precisa del gobierno autoritario permanente, pues las únicas teorías existentes eran interpretaciones a corto plazo de una dictadura de corte «cincinnatesco» (gobierno temporal de urgencia por decreto), y la vaga «dictadura del proletariado», de transición y mal definida, como versión marxista de la doctrina de Cincinnatus. Los teóricos de derechas que aspiraban a un sistema más elitista o autoritario antes de la década de 1920 solían buscar algún puntal institucional tradicional, como la monarquía. En esa década se hicieron varias tentativas de establecer regímenes nacionalistas más autoritarios en el este y el sur de Europa, pero tuvieron grandes dificultades para sostenerse, debido en parte a la falta de una teoría o una estrategia nueva y clara para institucionalizar una estructura autoritaria permanente. Las tres primeras tentativas de algún tipo de dictadura en los otros países de Europa meridional (Pimenta de Castro en Portugal, 1915; Primo de Rivera en España, 1923-1930; Pangalos en Grecia, 1926) fracasaron totalmente. El régimen kemalista logró sobrevivir en Turquía, pero como primera «democracia guiada» del Tercer Mundo, de labios para afuera siguió rindiendo homenaje a la teoría y la estructura del liberalismo parlamentario, aunque funcionaba más bien como una versión más unificada y con más éxito del Kuomintang chino.

El propio Partido Fascista estaba profundamente dividido en torno a la doctrina y la táctica, pues la única verdadera unidad se derivaba de la jefatura *de facto* del propio *Duce*. La actitud teórica más coherente era la de los nacionalsindicalistas (Panunzio, Olivetti, Grandi, Rossoni), que poseían, ellos sí, una nueva doctrina de organización social y económica que también podía ampliarse a una forma nueva de organización política orgánica. Estaban los moderados y los «revisionistas», encabezados por Giuseppe Bottai y Massimo Rocca, que de diversas formas querían adaptar el fascismo al sistema constitucional vigente en Italia, como fuerza elitista y tutelar nueva. Estaban los *squadristi* radicales, encabezados por Roberto Farinacci y sus afines, que no se expresaban con claridad acerca del nacionalsindicalismo y de las propuestas estructurales complejas, y aspiraban sencillamente a imponer una dictadura monopartidista basada en la fuerza y el elitismo, una «revolución vacía», bastante parecida al sistema sudamericano del hombre fuerte. Además, había elementos de la nueva derecha fascista, encabezados por ex nacionalistas como Rocco y Mario Carli, que deseaban establecer un sistema autoritario corporativista de gobierno y de regulación económica bajo la monarquía, a fin de crear un Estado nuevo y fuerte que pudiera dar expansión a una Italia imperial [2]. Dentro de estas agrupaciones generales de opinión y entre ellas aparecían muchas variantes individuales.

De estas actitudes, las únicas orientaciones que contenían los gérmenes de un sistema institucional nuevo y viable eran

las de los nacionalsindicalistas (ex izquierdistas) y los ex corporativistas nacionalistas de derechas de Rocco. Lo que hizo Mussolini a partir de 1925 fue elaborar un nuevo sistema autoritario y corporativista *ad hoc*, basado en una fusión inestable de las ideas de todos ellos, junto con una aplicación controlada de la ambición monopartidista de las radicales fascistas.

Se transformó al parlamento y se convirtió al gobierno de Italia en un sistema de partido único, pero al mismo tiempo se llevó a cabo una purga y una transformación cuidadosa del partido en sí. Se colocó al PNF bajo el control burocrático del Estado, y no a la inversa, y a principios de 1927 se habían reducido los efectivos del partido en casi un 25% (hasta dejarlo en 600.000 miembros), aunque al final de ese año se volvió a permitir una vez más la ampliación de unas listas en su mayor parte burocratizadas. Para entonces, el nuevo Partido Fascista, burocrático y de masas, estaba integrado sobre todo por gente de la clase media baja y la clase media (el 75% aproximadamente), cada vez más empleados del Estado, mientras que la proporción de trabajadores y campesinos había descendido al 15% aproximadamente. Se había eliminado a más de 200.000 de los más radicales, más idealistas y más brutales, y el partido se había convertido en un instrumento burocrático al servicio del Estado.

Las figuras más importantes en la transformación institucional no fueron tanto los fascistas iniciales como los dirigentes nacionalistas, como Rocco (ministro de Justicia) y Luigi Federzoni (ministro del Interior). En 1926 se inició la formación de un sistema nacional sindicalista integrado por 13 sindicatos generales para regular y representar todas las grandes esferas de la actividad económica nacional, en los cuales los trabajadores y los patronos estarían representados orgánicamente en diferentes ramas de agrupaciones de sindicatos nacionales generales. Poco después se creó un Ministerio de Corporaciones y más tarde, en 1934, se sustituyeron a los 13 sindicatos nacionales por 22 corporaciones.

Edmondo Rossoni, dirigente de los sindicatos obreros fascistas, trató de mantener una asociación nacional de trabajadores fascistas bajo el sistema nacionalsindicalista, pero pronto se vio atacado por los rivales del partido, la derecha fascista y los intereses empresariales. A fines de 1928 se produjo el *sbloccamento* ('desbloqueo') de los sindicatos obreros fascistas, que en adelante quedaron restringidos al nivel local y regional, mientras se permitía a la confederación nacional de industriales (Confindustria) mantener su estructura central junto al sistema estatal sindical/corporativista. Aunque la interpretación corriente de que el corporativismo fascista era un sistema capitalista puro y simple es exagerada, no parece caber mucha duda de que, sobre todo en los primeros años, el sistema nacional sindicalista/corporativista actuó más bien en beneficio del capital que del trabajo.

En 1928 se convirtió al Gran Consejo Fascista en el órgano deliberante más elevado del gobierno, con facultades para aprobar todas las leyes importantes y los cambios constitucionales. En 1928, al expirar el primer congreso controlado por Mussolini, se hizo que las elecciones al parlamento fueran indirectas y corporativas mediante un proceso controlado por el Estado y el partido. Diez años después, se sustituyó el parlamento corporativo por una nueva Cámara de Fasces y Corporaciones que formalizó la estructura corporativista de representación nominal[3].

El Estado totalitario

En 1925, Mussolini y Giovanni Gentile, que era el filósofo académico más destacado de Italia y un importante teórico abstracto del fascismo, empezaron a utilizar el término de «totalitario» para aludir a la estructura y los objetivos del

nuevo Estado. Como éste aspiraba a una unidad orgánica de la sociedad italiana, la actividad económica y el gobierno, debía lograr la representación total de la nación, pero también ejercería la orientación total de los objetivos nacionales. Así nació, de forma un tanto vaga, el concepto original del «totalitarismo».

La paradoja de todo esto es que los analistas serios del gobierno totalitario reconocen hoy día que la Italia fascista nunca llegó a ser totalitaria. En la década siguiente al establecimiento del sistema de Mussolini, la dictadura leninista en la Unión Soviética se vio transformada implacablemente por Stalin en un sistema completo de socialismo de estado con un control dictatorial *de facto* casi total de la economía y de todas las instituciones oficiales. Unos años después, la dinámica ambición de poder del régimen de Hitler en Alemania, con su eficacia policíaca, su poderío militarista, su sistema de campos de concentración y, con el tiempo, sus políticas de exterminio en los territorios conquistados, pareció crear un equivalente nacionalsocialista no comunista del sistema estalinista de control. Estos dos han aportado los modelos dominantes de lo que los analistas políticos, especialmente entre 1940 y 1960, tendían a calificar como totalitarismo. La Italia de Mussolini se parecía muy poco a ninguno de los dos.

Es importante comprender, en primer lugar, lo que se implicaba verdaderamente con el vago concepto del Estado totalitario utilizado por Mussolini, Gentile y Rocco. Esta terminología se derivaba en parte de la teoría del «Estado ético» elaborada por Gentile, y también por el ideólogo nacionalsindicalista Panunzio. La teoría planteaba un Estado tutor con más autoridad que el antiguo régimen liberal para desarrollar los recursos de todo el pueblo y realizar las aspiraciones más elevadas («éticas») de la nación, ambición derivada de Rousseau que se ha venido haciendo cada vez más frecuente en el siglo XX. Pero aunque la formulación de Mussolini, más tosca, indicaba que no se trataba de crear nada que sobrepasara el ámbito de un superestado que, en un sentido u otro (nunca definido con exactitud), sería omnicomprensivo, nunca se hizo la más ligera propuesta, ni que sepamos hubo la más mínima intención, de establecer un sistema policíaco total que tuviera el control directo sobre las instituciones. Ninguno de estos teóricos propuso el pleno control estatal de todas las instituciones italianas en la práctica. Rocco, como ministro de Justicia, sí que habló de la autoridad suprema del nuevo Estado sobre otras instituciones, pero parecía aludir sobre todo a esferas conflictivas, y no a una estructura burocrática práctica para aplicar la intervención gubernamental a todas las facetas de la vida italiana cotidiana. En la práctica, el «totalitarismo» del Partido Fascista se refería a la autoridad preeminente del Estado en las esferas conflictivas, y no a un control institucional total y cotidiano, y en la mayoría de los casos ni siquiera a algo aproximado a eso. Sin embargo, aunque no cabe mucha duda de que éste era el carácter verdadero del Estado mussoliniano, también es cierto que la teoría «totalitaria» del Estado preeminente y sus exigencias «éticas» brindaban efectivamente un concepto de un poder estatal más general y que podía ampliarse enormemente en la práctica. Siempre persistió la posibilidad hipotética –que preocupaba por igual a los izquierdistas y los conservadores– de que la dictadura de Mussolini pudiera, con el tiempo, hacerse más radical y más expansiva.

En la práctica, cabría calificarla de dictadura primordialmente política que dominaba un sistema institucional pluralista o semipluralista. Víctor Manuel III, y no el *Duce*, siguió siendo el jefe constitucional del Estado. El mismo PNF se había convertido casi concretamente en una burocracia, sometida al propio Estado. Aunque los intereses de los trabajadores estaban eficazmente regimentados, la gran empresa, la industria y las finanzas mantuvieron una gran autonomía,

sobre todo en los primeros años. Las fuerzas armadas gozaron de una autonomía por lo menos igual, y en gran parte, aunque no del todo, se las dejó que hicieran lo que quisieran. Se situó a la milicia del Partido Fascista bajo el control general del ejército, aunque a su vez gozó de una existencia semiautónoma cuando pasó a ser parte de las instituciones militares regulares[4]. El sistema judicial premussoliniano quedó en gran parte intacto, y además con una autonomía parcial. La policía siguió estando dirigida por funcionarios del Estado, y no se hicieron con ella los jefes del partido, como en la Alemania nazi, ni se creó una importante élite policíaca, como ocurrió en Alemania y en la Rusia soviética. Aunque en 1932 se formó una nueva policía política (la OVRA), en la Italia de Mussolini los presos políticos se contaban por centenares –nunca llegaron a ser más de unos miles–, y no por decenas ni centenares de miles, como en la Alemania nazi, o por millones, como en la Rusia de Stalin. El Tratado de Letrán de 1929 estableció un *modus vivendi* con la Iglesia católica que siguió vigente[5] pese a los conflictos entre la Iglesia y el Estado de los primeros años del decenio de 1930. Nunca se trató de imponer a la Iglesia la sumisión total al régimen, como en Alemania, ni mucho menos el control casi total que ha solido darse en Rusia. Sectores considerables de la vida cultural italiana mantuvieron una autonomía bastante extensa, y no existió un gran ministerio de propaganda y cultura, hasta que en 1936 se imitó con retraso el ejemplo alemán[6]. Dentro de lo que han sido las dictaduras del siglo XX, el régimen de Mussolini no fue sanguinario ni particularmente represivo.

El fascismo llegó al poder en virtud de una especie de transacción tácita con las instituciones establecidas, y Mussolini nunca llegó a escapar del todo a las limitaciones de aquella transacción. El «totalitarismo» se quedó en una vaga amenaza posible para el futuro, pero a lo largo de todo el régimen fascista fue una mera palabra. El régimen estaba tan

poco integrado y era tan asistemático que Norman Kogan ha llegado a dudar que jamás existiera algo a lo que se pudiera calificar de Estado fascista[7].

Sin embargo, el régimen de Mussolini logró alcanzar importancia histórica porque fue el primer régimen autoritario efectivamente institucionalizado no marxista que alcanzó suficiente coherencia estructural, cualesquiera fuesen sus limitaciones, para durar toda una generación o algo más. Cayó derrotado, pero al revés que los gobiernos de Primo de Rivera y de Pangalos, no cayó por su propio peso. Así, en la década de 1930, se había convertido en una especie de modelo o ejemplo de un nuevo tipo de dictadura sincrética, semipluralista, basada al menos teóricamente en un partido estatal único, el primero de más de una veintena de regímenes de ese tipo que se establecieron sobre una base segura.

El «Fascismo universal»

Para el momento en que llegó la Depresión, el régimen estaba firmemente establecido y hasta cierto punto había logrado incluso codificar una ideología fascista formal en varias publicaciones oficiales a fines de la década de 1920[8]. Pero persistía un malestar subyacente, y sobre todo los fascistas jóvenes lamentaban las limitaciones de la «revolución fascista» y el que no se hubiera logrado una nueva cultura fascista. Estas quejas persistentes se debían al contraste entre las doctrinas oficiales de vitalismo, jefatura de la elite y corporativismo orgánico oficial y a la no realización por el régimen de una transformación a fondo de la vida italiana ni de nada parecido a una revolución total de las instituciones.

El dilema era igual de grave para el propio Mussolini, dado que éste carecía tanto de una política clara como de la autoconfianza política necesaria para hacer nada pareci-

do a una «revolución fascista». El debilitamiento del partido en Italia fue consecuencia directa de su propia política. Entre 1929 y 1933, Mussolini cesó a la mayor parte de sus ministros más capaces y a algunos de los mejores administradores del Partido Fascista, como al honrado Augusto Turati, (cesado en 1931), quien según reconoció el propio Mussolini era el secretario más eficaz que jamás tuvo el partido. «La evolución del régimen en 1929-1933 demostró la determinación de Mussolini de no permitir que cristalizase una elite gobernante estable»[9]. Para 1932, el partido había llegado a 1.000.000 de miembros, y cuando un reglamento ulterior hizo miembros automáticamente a la mayor parte de los funcionarios y los profesores, en 1939 llegó a 2.600.000. Así, los desgarramientos y la burocratización masiva del Partido Fascista avanzaron *pari passu*, de forma que cuanto más crecía el partido, menos era una elite rectora. Esto aclaró que los propios fascistas nunca harían una revolución, y Mussolini casi se resignó al hecho de que, en el mejor de los casos, no podría aparecer una sociedad fascista hasta una generación después, más o menos, cuando las escuelas públicas hubieran formado una nueva generación de la juventud italiana. Pero como los servicios de propaganda del PNF siguieron siendo como mucho medianos, y el adoctrinamiento en las escuelas no era en absoluto total, el plazo prometía ser verdaderamente largo.

En estas circunstancias, tanto el *Duce* como algunos de los líderes jóvenes del partido fueron interesándose cada vez más, en los años de la Depresión, por la expansión del fascismo en Italia, pero todavía más en el extranjero, como parte de una pauta general europea de rejuvenecimiento nacional en el cual Italia habría sentado el primer ejemplo. Esas aspiraciones no eran nuevas, y ya las habían expresado varios dirigentes y publicistas del partido a fines de la década de 1920, pero crecieron con una nueva urgencia a partir de 1930.

Quizá sea un error dar a la tentativa de extender una influencia política específicamente fascista por el extranjero una fecha determinada, pues Mussolini siempre tuvo la tendencia a apoyar de vez en cuando a movimientos útiles o paralelos o fuerzas de otros países. Pero a partir de 1930, aproximadamente, se hizo un esfuerzo más directo por promover lo que él consideraba como fascismos extranjeros, que culminó en las iniciativas de cultivar el «fascismo universal» en 1933-1935, y que nunca desapareció del todo hasta el final del régimen.

La tentativa de lograr un fascismo universal, una especie de internacional fascista, fue parte de la expansión general de la política exterior italiana que comenzó en 1935. Se suele explicar esto por la necesidad de Mussolini de reaccionar a los problemas económicos de la Depresión. Sin embargo, la Depresión no era peor en 1933-1934 que en los años anteriores, ni era más grave en Italia que en otros países de estructura aproximadamente igual. Ya se había iniciado una recuperación parcial antes de la movilización para la campaña de Etiopía, y nunca se adoptó un programa importante de rearme.

Es más probable que la política activista se viera impulsada por otros dos incentivos diferentes. Uno fue el estancamiento de la revolución fascista en Italia en sentido político y cultural, lo cual producía inquietud entre los militantes fascistas jóvenes, y el convencimiento por parte de Mussolini de que lo único que contaba eran las grandes políticas nacionales que aplicaba él mismo. Casi parecía como si cuanto más disminuía la confianza de Mussolini en el fascismo interno, más aumentaba su sentido inflado de poder personal y de estimación de sí mismo. Al carecer de instrumentos para realizar una nueva transformación en Italia, buscó poder y prestigio en el exterior, de forma no muy distinta a los regímenes comunistas en la década de 1970. Por eso parece que, efectivamente, Mussolini se vio impulsado

hacia el exterior por factores internos, pero probablemente eran más políticos que económicos.

El segundo factor nuevo, que fue por lo menos igual de decisivo, fue la perturbación del equilibrio del poder en Europa por la aparición del régimen de Hitler en Alemania. Por primera vez desde la Marcha sobre Roma, se abría nuevo espacio para una política italiana más completamente independiente y activa.

Pese al aplauso inicial de Mussolini a la victoria del «fascismo alemán», llegó a advertirse que el régimen nacional socialista era un nuevo rival, peligroso y quizá fatal, para la política de la Europa nacionalista/imperialista. En los primeros años del gobierno de Hitler, las relaciones se enfriaron considerablemente, y a mediados de 1934, con el asesinato por los nazis del primer ministro de Austria y la aparente amenaza de expansión alemana hacia el sur, se llegó a un punto de gran tensión y de intercambio de insultos. Parece que los fascistas pasaron al ataque con especial frecuencia y vigor. Se formularon denuncias diversas y simultáneas del nacionalsocialismo por racista, militarista, imperialista, pagano, implacablemente autoritario, anticristiano, antieuropeo y opuesto al espíritu individual y a la cultura occidental. Entre los epítetos utilizados por los liberales occidentales contra los nazis, hubo pocos que no les aplicaran también los fascistas, quienes acuñaron, además, insultos especiales propios –por ejemplo denunciaron a los nazis como «movimiento político de pederastas»–. Por contra, los fascistas distinguían su sistema y su doctrina de los planteamientos de los nazis al señalar su carencia de racismo y antisemitismo, su (supuesta) reconciliación de lo individual y lo colectivo, su relación íntima con la cultura europea, y su simbiosis con el catolicismo[10].

La tentativa de crear una internacional fascista naufragó debido a algunas de esas mismas diferencias. A fines de la década de 1920, algunos autores fascistas habían señalado

que una internacional de cooperación entre movimientos nacionalistas radicales como el suyo era una contradicción esencial en los términos. Y así fue. A los fascistas encargados de las relaciones con los partidos fraternos les resultaba muy difícil definir adecuadamente el contenido de «lo fascista», y la principal tentativa de formar una internacional fascista en 1934 naufragó en gran medida ante los escollos del racismo y el antisemitismo[11].

Autarquía y modernización

En los últimos años se ha suscitado un debate considerable, especialmente por parte de A. J. Gregor, acerca de la política económica del régimen de Mussolini y la tasa o grado de modernización económica en Italia durante el período fascista[12]. Esto guarda relación con la cuestión de la «dominación capitalista», tan cara a los comentaristas marxistas, en contraposición al control estatal o el colectivismo fascista.

La transacción derechista aceptada por Mussolini y el PNF oficial es un hecho perfectamente obvio que no requiere más elucidación. Lo que hay que tener presente es que fue una transacción, no una capitulación total y permanente. Aunque el régimen aceptó en gran medida el programa corporativista y capitalista de derecha de la ANI en la década de 1920 y a comienzos de la de 1930, nunca se rechazaron del todo los proyectos nacionalsindicalistas de semicolectivismo y de remodelación de la estructura de clases en Italia[13]. Los fascistas radicales consideraban que el fomento de la inversión privada, que dominó la política italiana en la década de 1920, no era más que una fase transitoria.

En 1935, con el comienzo de la guerra de Etiopía y la transición a una política más controlada por el Estado y más autárquica, Mussolini hizo hincapié en una mayor intervención del Estado. En una declaración oficial sobre la doctrina

fascista realizada tres años antes, había anunciado: «Nos hallamos en el siglo de lo colectivo, y por lo tanto en el siglo del Estado» [14]. En 1936 atemorizó pasajeramente a los industriales italianos al anunciar que el régimen estaba a punto de empezar una nacionalización parcial de la industria.

De hecho, el régimen de Mussolini jamás generó un único programa económico completo e integrado, sino que iba de una política a otra distinta.

Nunca apareció el Estado corporativo como órgano rector ni de planificación. La inversión directa del Estado en la industria se inició como medida de urgencia con la Depresión en 1933, al introducirse el IRI (Instituto de Reconstrucción Industrial). En 1940, el IRI poseía el 17,8% de los activos de capital de la industria italiana [15], con lo que Italia tenía la segunda participación estatal en la industria del mundo; pero esto no formaba parte de un plan coherente y organizado de colectivismo *per se.* A partir de 1935, la intervención estatal en la economía fue en constante aumento y en 1937 comprendía un gravamen del 10% sobre los activos de capital de las empresas, aplicado con lenidad y en general variable según los casos. Nunca se aplicaron directamente los planes colectivistas de los nacionalsindicalistas revolucionarios [16].

Si pasamos al funcionamiento real de la economía italiana, los resultados son un tanto mixtos, aunque no desfavorables para el período mussoliniano. Conforme a las estadísticas mundiales compiladas por Angus Maddison [17], Gregor observa que si se utiliza el nivel de 1913 como norma, en Italia la producción económica agregada en 1938 había llegado al 153,8 frente a un 109,4 en Francia y un 149,9 en Alemania. El índice agregado de producto por trabajador en 1938, en comparación con la misma base en 1913, era de 145,2 en Italia, 136,5 en Francia, 122,4 en Alemania, 143,6 en Gran Bretaña y 136 en los Estados Unidos. Análogamente, el índice de producto por hora/hombre en 1938 era de 191,1 en Italia,

178,5 en Francia, 137,1 en Alemania, y 167,9 en Gran Bretaña. Aunque la tasa media del 1,7% de crecimiento industrial al año en Italia durante los años de la Depresión era inferior a la de Alemania, y considerablemente inferior a la de Suecia, era sólo ligeramente inferior a la norma de Europa occidental, y muy superior a la cifra de –2,8 de la Francia democrática liberal [18]. En estos aspectos, el funcionamiento general fue digno, y de hecho el valor de la producción industrial bajo Mussolini fue superior al de la agricultura (en 1933) por primera vez.

Sin embargo, la mayoría de los historiadores económicos tienden a criticar el período fascista porque la tasa de desarrollo había sido superior justo antes de 1913, y volvió a serlo durante el gran auge de la segunda postguerra mundial, a partir de 1947 [19]. A veces señalan también la reducción de la tasa de inversión global en el decenio de 1930. Aunque estas críticas son correctas técnicamente, olvidan los principales problemas con que se enfrentó el régimen de Mussolini para superar la dislocación de la Primera Guerra Mundial y la depresión general de la década de 1930.

Sencillamente, no se puede comparar el período de entreguerras con los auges de antes de la Primera Guerra Mundial y de después de la segunda, pues las dificultades existentes eran mucho más grandes. En comparación con otras economías en estados parecidos de desarrollo, el sistema italiano funcionó razonablemente bien. En Rusia, la gran industrialización estalinista se logró gracias a una explotación catastrófica de la economía rural y a una inversión humana y económica enormemente desproporcionada, lo cual no significa un funcionamiento superior, pues el ingreso soviético per cápita no superó el nivel de 1928 hasta 1953, aproximadamente. Además, de los cuatro Estados industriales que aumentaron rápidamente su producción económica a fines de la década de 1930, tres –Alemania, Japón y la Unión Soviética– lo hicieron en gran medida gracias a la expansión

del complejo militar-industrial. Pese a la retórica fanfarrona de Mussolini, en el sentido de considerar a Italia «en estado permanente de guerra», nunca hizo inversiones verdaderamente grandes en la producción militar. En consecuencia, Italia no estaba preparada para participar en la Segunda Guerra Mundial, pero su economía mixta estaba menos deformada por la producción de armamentos que las de otros Estados industriales importantes. Como por lo general se denigra al fascismo por militarista, es de suponer que su falta de militarismo merece alguna aprobación. El socialismo -sea del tipo ruso, alemán o cubano- es el único que permite un grado máximo de militarización, cosa que impedía la economía mixta y semiautónoma del régimen de Mussolini.

A principios de la década de 1930, Mussolini hacía gran hincapié en el *ridimensionamento* de la estructura socioeconómica de Italia, encaminado a controlar la urbanización, mejorar las condiciones ambientales y mantener en el campo a un gran porcentaje de la población rural. Los críticos sostienen que esto es antimodernismo, pero desde la perspectiva de 1980 parecería en algunos sentidos ser un presentimiento extraordinariamente avanzado de los problemas de la urbanización y la industrialización típicos del siglo XX, mucho antes de que los socialdemócratas se subieran a este carro en marcha. De hecho, los fascistas y los nazis figuraron entre los primeros preocupados por el medio ambiente de la política del siglo XX, aunque no alcanzaron casi ninguno de los objetivos que estipulaban.

El régimen también llevó a cabo una reorganización fundamental del sistema bancario italiano y de los códigos civil, mercantil y penal del Estado. Estas reformas han sobrevivido mucho tiempo al fascismo y formaron parte de la estructura posterior a 1945. A la inversa, el predominio de la *intelligentsia* humanística entre las clases medias no se vio reducido durante el período de Mussolini en favor de los expertos técnicos, como ocurrió tanto en la Alemania nazi como en la Unión Soviética. Ésta es otra prueba de la ausencia de una revolución cultural fascista, en comparación con las estructuras mucho más revolucionarias y meticulosas de Alemania y de Rusia.

Seminazificación y satélite de Alemania

La caída del régimen de Mussolini no la causaron su carácter represivo ni su impopularidad, ni tampoco su supuesta inepcia o su carácter reaccionario y antimoderno. No fue muy represivo para tratarse de una dictadura moderna, probablemente no fue más impopular que el régimen liberal oligárquico que lo precedió y, como ya se ha indicado, no fue notablemente reaccionario ni antimoderno. Organizó una economía en expansión, y hasta 1939 no parecía más inepto que la mayor parte de los gobiernos. *Por el contrario, su caída* se produjo como resultado de la política exterior aventurera de Mussolini y de la alianza con la Alemania nazi. Esto llevó a la derrota en la Segunda Guerra Mundial y a la destrucción total del régimen, aunque no de todas sus realizaciones, algunas de las cuales quedaron incorporadas en el «milagro económico» de los años siguientes a 1947.

Habida cuenta de las profundas diferencias entre la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler, y de la enemiga expresada por los fascistas a los nazis en 1934, cabe preguntarse cómo se produjo esa alianza. La respuesta más sencilla es la combinación de temor y de envidia por parte de Mussolini. A partir de 1937, éste estaba convencido de que Alemania iba a convertirse pronto en el Estado dominante de Europa, y de que la mejor manera de que Italia protegiera sus intereses era alinearse en gran medida con el nuevo orden hitleriano. A esto deben añadirse las dimensiones de la megalomanía del propio Mussolini a fines de la década de 1930 y su

sentido inflado del ducismo, constantemente rodeado de aduladores, que le hicieron perder perspectiva y creer que sus decisiones personales producirían la victoria.

El momento crítico básico se dio ya en 1935, cuando Mussolini rechazó un reajuste razonablemente generoso de las fronteras del África oriental, que le habían ofrecido Francia y Gran Bretaña, para decidir la invasión directa de Etiopía y la conquista militar. Durante el primer decenio de su régimen, la actitud italiana respecto de la expansión había sido ambivalente. En unas ocasiones predicaba la conquista de un nuevo Imperio Romano; en otras insistía en que Italia podía crear una gran esfera moderna y novedosa de influencia imperial sin conquistar un solo kilómetro de territorio nuevo. Pero en cuanto Mussolini rechazó la expansión moderada dentro del marco europeo existente en favor de un imperio del «nuevo orden», era lógico que se produjera algún tipo de acercamiento o paralelismo con Alemania.

Debe quedar entendido que en ningún momento pretendió Mussolini –ni siquiera después de firmar el «Pacto de Hierro» (una alianza militar en toda regla) con Alemania, en mayo de 1939– intervenir en una gran guerra en el inmediato futuro. Ni la industria ni las fuerzas armadas italianas estaban preparadas para un conflicto prolongado de gran envergadura. Mussolini ayudó a promover el acuerdo de Múnich, trató de organizar un segundo Múnich con respecto a Polonia en agosto de 1939, evitó cuidadosamente participar en las primeras fases de la Segunda Guerra Mundial, e incluso advirtió en secreto a los Países Bajos del inminente ataque alemán de 1940. Nunca deseó la victoria total de Alemania, pues comprendía que ésta dejaría a Italia en una situación de total dependencia, y por fin acabó por entrar tardíamente en el conflicto (junio de 1940), únicamente para llevar a cabo una «guerra paralela» y conseguir una zona italiana autónoma en la Europa del sur, que serviría también para proteger a Italia contra Alemania[20]. En esta última empresa, el régimen fracasó totalmente. Los desastres italianos en Grecia y en el norte de África redujeron a Italia al papel de mero satélite desde 1941.

A partir de 1937 sí que se produjo en Italia una nazificación superficial, al igual que en casi todos los movimientos fascistas europeos de aquellos años; pero carecía de profundidad y de sustancia, y se limitó sobre todo a gestos como la introducción del paso de la oca, rebautizado *passo romano*. El aspecto más descarado de la nazificación fue la introducción en 1938 de la doctrina fascista del racismo, pero en parte ésta fue una política defensiva basada en criterios culturales, no biológicos[21], que reflejaba una mayor extensión del imperio italiano en el África negra[22], pero también aspiraba a crear un nicho de igualdad para Italia en una Europa alemana «aria». Su antisemitismo formal señaló una inversión abrupta de la política fascista tradicional[23], aunque las sanciones contra los judíos fueron blandas en comparación con los criterios alemanes.

Las contradicciones de la política de Mussolini llegaron a su apogeo en los años de la guerra. Por un lado, al menos a partir de 1937, le gustaba destacar el carácter ideológico de la asociación con Alemania (y más tarde del esfuerzo de guerra), al subrayar la mística revolucionaria de los nazis y los fascistas que combatían por una «fe» contra las plutocracias occidentales meramente materialistas (evidentemente, también a los nazis les gustaba decir lo mismo al compararse con los comunistas). Mientras tanto, Mussolini se esforzaba ineptamente por establecer una esfera de poder italiana autónoma que pudiera proteger a Italia contra su antigua compañera ideológica. La sugerencia de Mussolini a Hitler, en 1943, de hacer la paz con la Unión Soviética, con el fin de concentrarse en la guerra contra las democracias occidentales, quizá no estuviera dictada tanto por una tendencia ideológica como por el carácter inmediato de la presión angloestadounidense, mucho más cercana que el Ejército Rojo.

La caída del régimen en 1943 fue, al igual de lo que ocurrió con todas las dictaduras europeas modernas plenamente institucionalizadas antes de la España postfranquista, producto de la derrota militar externa. La expulsión de Mussolini la llevó a cabo una coalición *ad hoc* de la vieja derecha –monarquía, ejército y clase alta–, con la cual Mussolini había tenido que transigir desde un principio, y un grupo considerable de los dirigentes fascistas más moderados y responsables.

La última fase del fascismo no fue esencialmente ni siquiera la de un satélite alemán, sino la de un mero títere alemán. Sin embargo, el establecimiento de una República Social Italiana neofascista (conocida generalmente como régimen de Salò, por la localidad de la última residencia oficial de Mussolini) permitió al PNF, liberado al fin de sus aliados de la derecha y sus componendas con ésta, volver en 1943-1945 a sus orígenes semirrevolucionarios. El fascismo residual, abandonado por las clases acomodadas y altas, se manifestó partidario de un nacionalismo proletario y semisocialista, que se basaría en las clases trabajadoras de la Italia industrial del norte y en el campesinado. El régimen de Salò introdujo algunos mecanismos de consejos obreros y reparto de beneficios, junto con una atención cada vez mayor a la nacionalización directa. La primera vez que anunció Mussolini planes de nacionalización de la industria fue a principios de 1944, pero la nacionalización no se decretó hasta los estertores de la derrota, en abril de 1945[24].

Ya no importaba mucho, porque un fascismo derrotado como títere de Alemania no podía lograr apoyo popular. El territorio del régimen de Salò estaba controlado y administrado por Alemania en todos los aspectos verdaderamente importantes[25], y la socialización fascista fue algo que no se toleró sino parcialmente como truco demagógico. En toda la Europa continental, Hitler prefirió tratar con la derecha ortodoxa, mejor que con los fascismos, y en el norte de Italia a la administración alemana le importaba mantener la producción y evitar toda perturbación innecesaria de orden socioeconómico. El auge de una resistencia armada en gran escala en el norte de Italia en 1944 demostró que el fascismo se había visto repudiado decisivamente por la inmensa mayoría de la opinión italiana bastante antes del final de la guerra. Éste fue otro de los sentidos fundamentales en los que el fascismo italiano difirió del nacionalsocialismo alemán.

El régimen de Hitler

Las especulaciones sobre el régimen de Hitler y a su clasificación han girado normalmente en torno a conceptos rudimentarios sobre la «dominación capitalista» de su economía política o sobre su «totalitarismo». Probablemente ninguno de los dos sea literalmente exacto.

Como ya se ha visto en el capítulo 3, ni Hitler ni el Partido Nazi tenían una doctrina muy precisa sobre la economía política. El llamado sector socialista o de izquierda del partido no tenía un radicalismo económico coherente, y su antiguo dirigente, Gregor Strasser, ya había evolucionado hacia la derecha en 1932[26]. Hitler siempre rechazó todo socialismo completo o sistemático –decía que era un «término lamentable»–, porque contradecía los principios de espontaneidad, antiburocratismo, familiarismo y competencia que formaban la base de la visión nazi del mundo. Pero entre los dirigentes del partido cuando llegó Hitler al poder existían otras concepciones de la economía política. O. W. Wagener, antiguo jefe de la sección de economía política de la división de organización del partido, trataba de encabezar un tipo de organización fundamentalmente corporativista y conservadora de clase media, un *Ständesozialismus* adaptado a la conservación de la estructura alemana de clases y económica. Walther Funk, que pasaría a ser

ministro de Economía, encabezaba el ala derecha del partido y era el principal representante de los intereses de la gran empresa alemana dentro de la organización. La tendencia Funk esperaba evitar un auténtico corporativismo por ser, en potencia, demasiado restrictivo de la gran empresa, y promovía una *Planwirtschaft* autoritaria (economía planificada limitada) como mejor solución de los problemas sociales y económicos y como marco adecuado de una gran expansión de la industria privada [27].

Tras su llegada al poder, Hitler aplastó rápidamente todas las expectativas de corporativismo conservador, de clase media, de las variedades Wagener o católica conservadora. También se dejaron de lado las tendencias agrarias de extrema derecha, representadas por el autoritarismo de la derecha prusiana entre los aliados de los nazis, como Hugenburg. En 1934 parecía que había triunfado la tendencia Funk, y estaban en ascenso las políticas del «círculo Keppler», gran empresario y pronazi (el propio Keppler actuó brevemente como secretario de Estado alemán) [28].

Tampoco esto fue más que pasajero, pues los tres primeros años del régimen (1933-1936) se consagraron a la recuperación económica en el marco de controles y regulaciones estatales limitados, con lo cual se logró lo que Arthur Schweitzer calificó de «fascismo parcial» [29]. Esa fase terminó en 1936, cuando empezó la campaña de rearme más importante. Si empleáramos la terminología de Schweitzer, es de suponer que esto hubiera iniciado el «pleno fascismo». De hecho, en la Alemania nazi nunca se introdujo un modelo plenamente coherente de economía política. La actitud básica de Hitler era que el nacionalsocialismo significaba la subordinación de la economía al interés nacional –*Gemeinnutz geht vor Eigennutz*– por los medios que fuera, lo cual aludía al interés colectivo, y no a una colectivización estructural directa. Además, se jactaba de que no había necesidad de nacionalizar la economía, porque él ya había nacionalizado toda la población.

A partir de 1936, se desarrolló una tendencia más decidida hacia una regulación y un control mayores por el Estado, un sistema gubernamental de *Zwangswirtschaft* (economía forzada u obligatoria). Esto nunca adoptó la forma de un programa general de socialismo de Estado ni de nacionalización, pero fue subordinado progresivamente a todos los sectores de la economía mediante controles, reglamentos, impuestos, contratos y asignaciones. Durante la primera fase de la dictadura se desmontaron las asociaciones de grupos nacionales de presión, a los que se sustituyó por grupos administrativos territoriales y funcionales que le resultaban más cómodos al Estado. La consiguiente cartelización acelerada también se realizó conforme a directrices estatales, de manera que sería más exacto invertir la fórmula de «dominación capitalista». La guerra acentuó esas tendencias, a las que igual cabría calificar de «socialismo militar» que de cualquier otra cosa, pues representaron en muchos aspectos una continuación de los controles de la Primera Guerra Mundial y de una *Planwirtschaft* parcial.

Pero esto no equivalía a un sistema económico completamente nuevo, y no se elaboró un modelo final. El Plan Cuatrienal de 1936-1940 establecía algunos proyectos industriales de capitalismo de Estado (o de socialismo de Estado, según la terminología que se prefiera), pero se trataba de algo totalmente secundario. Los nazis más extremistas, entre ellos algunos dirigentes de las SS, especularon durante la guerra con una economía que fuera en parte de socialismo de Estado bajo una revolución nazi realizada cuando se lograra la victoria; pero se pueden citar observaciones de Hitler tanto a favor como en contra de estas ideas. Cuando estaba terminando la guerra, trató específicamente de dar seguridades a los industriales de que un nacionalsocialismo triunfante no nacionalizaría la mayor parte de la industria alemana [30]. Es difícil predecir lo que hubiera ocurrido de hecho en caso de una victoria nazi.

En todo caso, Alan Milward, el estudioso más sistemático de la economía fascista comparada, ha considerado intrínsecamente inexacto el argumento de historiadores marxistas, como Reinhard Kühnl y Eberhard Czichon, de que el nacionalsocialismo «preservó el sistema capitalista». «Los nuevos gobiernos fascistas no preservaron el sistema capitalista, pese a la hipótesis de Kühnl. Cambiaron las reglas del juego de tal modo que empezó a surgir un nuevo sistema» [31]. El nuevo sistema no llegó nunca a realizarse, como sigue observando Milward, y entre tanto se mantuvieron la propiedad privada y el lucro privado, aunque cada vez con mayores restricciones. De hecho, las utilidades aumentaron, aunque el Estado reguló cuidadosamente su uso y su distribución.

Bajo Hitler, el sistema económico alemán siguió siendo una mezcla de propiedad básicamente privada de los bienes inmuebles y el capital que funcionaba conforme a una estructura cada vez más extensa y más rígida de reglamentos y controles estatales [32]. Así, es dudoso que el triunfo de Hitler hubiera «salvado al capitalismo alemán», en el sentido convencional de tal frase; el capitalismo alemán gozaba de mucha más autonomía y poder bajo la democracia liberal, tanto antes como después de Hitler. La frase opuesta se acercaría más a la verdad: lo que acabó salvando al capitalismo alemán fue la derrota del nacionalsocialismo en Occidente por las potencias capitalistas angloamericanas y la incorporación de Alemania Occidental a la esfera de hegemonía estadounidense.

Igual que la Alemania nazi no estaba dominada por una élite económica, tampoco estaba dominada por una clase social. Los dirigentes del NSDAP tendían socialmente a proceder de la clase media más que los miembros del partido en su conjunto [33]; pero como se puede decir lo mismo de casi todos los movimientos políticos, incluidos muchos partidos comunistas, eso no demuestra nada concluyente. La concepción hitleriana de la revolución social consistía básicamente en una transformación de estatus: la identidad y los valores de una *Volksgemeinschaft* racial [34]. El nacionalsocialismo no logró una revolución completa de la condición orgánica, igual que la Unión Soviética no logró la sociedad sin clases, pero al mismo tiempo debe reconocerse que Hitler sí logró romper el sistema de clases existente en Alemania. A partir de 1933, o por lo menos de 1936, las clases no fueron reconocidas específicamente como tales. Se rechazó el corporativismo como modelo para la economía política alemana precisamente porque tiende a reconocer clases diferentes, intereses específicos y autonomías. Por eso no se sustituyó a los sindicatos por un nacionalsindicalismo, sino por un Frente Alemán del Trabajo (DAF) general [35], y la autonomía de la que gozaron algunos sectores de la industria no les correspondía por clase y privilegio, sino como prerrogativa de unidades funcionales específicas sobre una base establecida industria por industria. No existían contratos colectivos de trabajo, ni se reconocía un *stand* general de empresarios industriales. A partir de 1936, en Alemania ya no pervivió ninguna clase autónoma que existiera por y para sí misma (por utilizar la terminología marxista).

Sin embargo, a veces se ha aplicado el mismo tipo de interpretación a la política exterior nazi y al esfuerzo bélico alemán, como si el programa de expansión militar megalomaníaco y grandioso de Hitler estuviera motivado primordialmente por el deseo mezquino de aumentar las utilidades de la industria alemana. A este respecto suelen mencionarse dos factores: uno es el agotamiento de los recursos económicos alemanes en 1938-1939, para reponer los cuales se dice que en aquel momento hacía falta una guerra de conquista [36], y el otro es la participación de las empresas y los cárteles industriales alemanes en la explotación económica de las regiones conquistadas. Aunque el primer argumento expone correctamente la situación de las finanzas y las materias pri-

mas alemanas en 1939, confunde la causa con el efecto. La situación de la economía alemana no dictaba la guerra por sí misma –en aquel momento no existía una economía alemana autónoma–, sino que más bien se hallaba en aquel estado porque desde hacía tres años Hitler subordinaba los intereses económicos a la preparación para la guerra. En lo que respecta al segundo argumento, hubo sectores de la economía alemana que participaron en la explotación del territorio conquistado de forma muy parecida a como actuaban en la propia Alemania: como unidades individuales subordinadas, no como unidades dominantes ni plenamente autónomas. A fin de cuentas, esta estructura de las cosas fue un resultado de la inversión por Hitler de las prioridades revolucionarias de Stalin: la conquista revolucionaria en el exterior debe preceder a la terminación de la revolución en el interior (de hecho, el programa inicial de Lenin de «capitalismo de Estado» en 1917-1918, antes de que la colectivización obrera lo arrastrara más hacia el socialismo de Estado, no era tan diferente de la política económica del propio Hitler).

La política exterior de Hitler, al igual que toda su carrera política, estaba a fin de cuentas dictada por la ideología, y sólo en parte moderada por consideraciones económicas. Cuanto más lejos iba él, más completa se hacía la extensión del sistema y del Estado nazis, y más abrumadora era la influencia de la ideología. El ejemplo más claro de esto fue la Solución Final. La política antijudía se inició con no poca moderación durante la fase inicial de transacción del régimen [37], pero más tarde se fue acelerando como objetivo final en sí mismo, como tentativa de lograr un objetivo de revolución racial mientras se perdía todo lo demás.

El sistema estatal nazi también era muy peculiar y *sui generis*. Nunca alcanzó la madurez ni el pleno desarrollo, sino que tendió a oscilar constantemente, y siempre ha sido difícil comprenderlo. Uno de los enfoques iniciales

más comunes consistía en el concepto del «Estado dual» [38], en referencia al paralelismo entre el mantenimiento por Hitler del aparato tradicional del Estado de la administración pública de Alemania, y el crecimiento del Partido Nazi, su organización territorial y sus funciones paragubernamentales. El rumano Mihail Manoilescu, principal teórico europeo del corporativismo en el decenio de 1930, se complacía en distinguir entre los sistemas ruso, italiano y alemán; el primero era un Estado dirigido por el partido, el segundo un Estado al que se había subordinado el partido, y el tercero un sistema dual de poderes divididos entre partido y Estado. En épocas más recientes, se han subrayado mucho el irracionalismo y la confusión del Estado hitleriano y la proliferación, la duplicación y la competencia mutua de una diversidad, a veces mareante, de organismos estatales, coherentes con la visión feudal que tenía Hitler del poder, la importancia que atribuía a las relaciones meramente personales y a la lealtad exclusiva al jefe, y con su odio a la burocracia central racionalizada [39].

Este enfoque tiende a olvidar algunos planes y logros en la esfera de la racionalización y la coordinación del Estado en la *Reichsreform* de 1934-1936 [40], y es posible que además subestime la función efectiva del NSDAP en la administración alemana. En el ámbito local, es cierto que el partido tendió hasta cierto punto a apoderarse del Estado y los *gauleiters* se convirtieron en funcionarios de distrito en un proceso que a veces fue el opuesto de lo que había ocurrido en Italia. Además, la dirección local del partido empezó a desempeñar un papel cada vez mayor durante la guerra, de forma que en los últimos años la dirección del partido se había hecho, efectivamente, en gran parte con el frente interno. Por último, el importante papel parapolítico y administrativo de las SS fue ampliando constantemente este sector de élite del poder nazi en la última fase del régimen [41].

Durante gran parte de la generación de postguerra estuvo de moda el concepto de «totalitarismo», aunque comparaba a la Alemania nazi con la Unión Soviética mucho más que con Italia. La definición de totalitarismo siempre ha sido notablemente vaga, y la moda más reciente ha consistido en negar que jamás haya existido o que exista tal cosa. Como los teóricos del totalitarismo raras veces van más allá de cualidades tan rudimentarias y limitadas como el partido único, el uso del terror y la movilización de las masas, resulta fácil aducir que o bien hay muchos tipos diferentes de regímenes que son totalitarios, o, a la inversa, que ninguno de ellos es perfectamente total.

Pero el concepto de «totalitarismo» es tan válido como útil si se define en el sentido preciso y literal de sistema estatal que trata de ejercer un control total sobre todos los aspectos importantes de todas las grandes instituciones nacionales, desde la economía y las fuerzas armadas hasta el sistema judicial, las iglesias y la cultura. Ya se ha visto que en este sentido el régimen de Mussolini no era en absoluto totalitario, y el sistema de Hitler tampoco alcanzó el pleno totalitarismo, aunque en su última fase se fue acercando cada vez más a él. En este caso, Hannah Arendt, por lo menos, está de acuerdo, al observar que el pleno totalitarismo nazi, equivalente al modelo soviético, no se podría haber desarrollado hasta después de la victoria en la guerra, dada la inversión por Hitler de las prioridades revolucionarias de Lenin y Stalin. De hecho, un sistema socialista o comunista es el único que puede lograr el pleno totalitarismo, pues el control total requiere una revolución institucional total, que no se puede efectuar sino mediante el socialismo de Estado. El socialismo no ha de ser forzosamente totalitario, pero el totalitarismo ha de ser socialista, y el nacionalsocialismo, con su enfoque mixto, nunca hubiera podido establecer el modelo completo, aunque lo hubiera deseado, antes de 1945.

Últimamente, la situación se ha vuelto todavía más confusa por la insistencia en los irracionalismos y en la autonomía limitada dentro del sistema, que llevaron a «las limitaciones del poder de Hitler» [42]. Pero esto es alejarse demasiado en el sentido opuesto. Hitler evitó adrede un sistema totalitario burocrático completamente centralizado, pero las limitadas autonomías que permitió en el sistema estatal alemán –fuera adrede, por descuido o por necesidad– apenas sí limitaron sus extraordinarios poderes de dictadura política personal para aplicar sus propias prioridades revolucionarias.

El régimen de Hitler tenía unos métodos y unos objetivos tan confusos que muchos han renunciado totalmente a interpretarlo y han recurrido para comprenderlo a meras negaciones: la «revolución del nihilismo» o la motivación abrumadora del «antimodernismo». Hitler y su gente, por repugnantes que fuesen, no eran nihilistas, sino que sostenían tenazmente unos valores firmes y perversos. El nihilismo es más bien lo que vino después de Hitler, salvo que se considere el mero hedonismo como un valor y no como una ausencia de valores.

Como el hitlerismo es atípico, se le ha considerado en general antimoderno en términos de una definición reduccionista de lo moderno basada en el urbanismo, la tecnología y algo a lo que se califica de «racionalismo». Pero, por extremista que fuera, el hitlerismo fue un producto sintomático del mundo moderno, y el nacionalsocialismo en sus diversas formas fue el conjunto nuevo de planes políticos más popular del siglo XX. Como ya se ha indicado en el capítulo 2, las ideas de Hitler estaban en parte arraigadas en el cientificismo moderno de las ideas biológicas y zoológicas alemanas de fines del siglo XIX [43]. El agudo interés de los dirigentes nazis por las ciencias ocultas no se orientaba hacia las supersticiones populares tradicionales, sino hacia los nuevos mitos modernos y racistas de lo sobrenatural [44]. De hecho, Hitler rechazaba casi todas las ideas formales de la cultura europea

de la época medieval, sobre todo el cristianismo histórico, y ridiculizaba mucho las «supersticiones» premodernas. En realidad, el racismo nazi no era concebible más que en el siglo XX, y no en ningún momento anterior de la historia humana. La antropología humana, animalista y naturalista, de los nazis era estrictamente un concepto moderno sin ningún paralelo premoderno.

Todas las ideas políticas de Hitler tenían su origen en la Ilustración[45]: el concepto de la nación como fuerza histórica superior, las ideas sobre la soberanía política superior derivadas de la voluntad general del pueblo[46] y sobre las diferencias raciales inherentes en la cultura humana. Se trataba de derivaciones claras de la antropología de la Ilustración, que rechazaba la teología premoderna y las raíces y los intereses transcendentes comunes de la humanidad. El culto de la voluntad es la base de la cultura moderna, y Hitler se limitó a llevarlo a su extremo. El concepto mismo del nacionalsocialismo como «la voluntad de crear un hombre nuevo» no era posible sino en el contexto del siglo XX, como idea típicamente moderna y antitradicional. Lo mismo cabe decir de la búsqueda nazi de la extrema autonomía, la libertad radical para el pueblo alemán. Hitler llevó hasta un extremo sin precedentes el objetivo moderno de romper límites y establecer nuevas marcas. Pues en ningún otro movimiento imperó hasta tal extremo la doctrina moderna de que el hombre es la medida de todas las cosas[47].

Lo mismo cabe decir respecto de los programas sociales y económicos. Ningún gobernante moderno ha llegado a tales extremos como Hitler para adquirir, entre otras cosas, los recursos naturales necesarios para una economía moderna. La *Gleichshaltung* nazi y el esfuerzo por revolucionar la condición social tendieron a unir a la sociedad alemana y a superar las distinciones de clase por primera vez en la historia de Alemania. Se dice que el antiurbanismo nazi era inherentemente reaccionario, pero el antiurbanismo radical se ha convertido en una importante tendencia de fines del siglo XX. Los nuevos regímenes comunistas más radicales del decenio de 1970 se jactan de su ruralismo y su antiurbanismo. De hecho, aunque la economía alemana de guerra promovió la urbanización y un aumento de la industrialización *de facto*, y no lo contrario, uno de los objetivos finales nazis era equilibrar la agricultura y la industria. Cuando son liberales los que aspiran a esto, se suele considerar que es el máximo de ilustración y progresismo. Por último, Hitler iba muy por delante de sus tiempos en cuanto a su preocupación por la ecología, la reforma ambiental y la contaminación.

El genocidio, o asesinato masivo en verdadera gran escala, es un acontecimiento prototipo del siglo XX desde Turquía hasta Rusia, desde Alemania hasta Camboya y hasta África. La táctica exclusiva de los nazis consistió en modernizar el proceso, realizar el asesinato en masa de forma más eficaz y quirúrgica de lo que han hecho otros grandes liquidadores en Turquía, Rusia o Camboya. Y tampoco fue el programa genocida de Hitler más o menos «racional», porque el objetivo del asesinato en masa siempre ha sido político, ideológico o religioso, y no cuestión de fines económicos prácticos, *pace* Stalin o Mao Tse-tung.

De hecho, el nacionalsocialismo constituyó un tipo excepcional y radical de revolucionarismo moderno. También ésta es una de las interpretaciones controvertidas del hitlerismo, pues como muchos comentaristas sostienen que el nacionalsocialismo era antimoderno (con lo que normalmente no quieren decir más que antiliberal), aducen que necesariamente debe haber sido «reaccionario», y no revolucionario. Quienes más tenazmente sostienen ese criterio son los comentaristas de izquierda, dada su hipótesis apriorística de que el concepto «revolución» debe referirse *ipso facto* a las buenas revoluciones, a las revoluciones que son positivas

o creadoras. Pero, evidentemente, a menudo las revoluciones son destructivas.

Quien más directamente se ha enfrentado con el problema ha sido Karl Bracher, que ha identificado las siguientes cualidades revolucionarias del nacionalsocialismo:

1. Un culto nuevo y supremo de la jefatura del *Führer* como el «genio artista».

2. La tentativa de elaborar una estructura darwinista social del gobierno y de la sociedad.

3. La sustitución del nacionalismo tradicional por la revolución racial.

4. La elaboración del primer sistema nuevo de nacionalsocialismo regulado por el Estado en la economía.

5. La aplicación de la revolución orgánica de la condición social en pro de un nuevo *Volksgemeinschaft*.

6. El objetivo de un tipo completamente nuevo de imperialismo racial a escala mundial.

7. La importancia atribuida a las nuevas formas de tecnología avanzada en la utilización de los medios de comunicación social y de la movilización de las masas, el culto de la nueva eficacia tecnológica, las tácticas militares nuevas y la tecnología, la importancia atribuida a la tecnología aérea y del automóvil[48].

Cabría refinar esta lista y hacerla todavía más detallada, pero como fórmula general cubre todos los aspectos principales. A los fieles de las revoluciones coloniales y de «liberación nacional» de las poblaciones minoritarias debe señalárseles que, durante la Segunda Guerra Mundial, la promoción de los movimientos de liberación nacional entre los pueblos coloniales y minoritarios de todo el mundo fue casi exclusivamente labor de las potencias del Eje[49]. Durante sus doce años en el poder, Hitler tuvo más impacto en el mundo que ningún otro revolucionario del siglo XX, y tanto más cuanto que, como han señalado Eugen Weber[50] y otros, las guerras constituyen los principales procesos revolucionarios de este siglo.

Jacques Ellul insiste:

> Los observadores informados de este período de entreguerras están convencidos de que el nacionalsocialismo fue una revolución importante y verdadera. De Rougemont señala hasta qué punto eran idénticos a todos los niveles el régimen de Hitler y el jacobino; R. Labrousse, una autoridad sobre la Revolución Francesa, así lo confirma, por no citar más que dos opiniones...
>
> La práctica de «clasificar», y por ende desechar, al nazismo debe cesar, pues representa una auténtica represión freudiana por parte de los intelectuales, que se niegan a reconocer lo que fue. Otros meten en el mismo saco el nazismo, la dictadura, las matanzas, los campos de concentración, el racismo y la locura de Hitler. Con eso queda cubierto el tema. El nazismo fue una gran revolución: contra la burocracia, contra la senilidad, en pro de la juventud; contra las jerarquías establecidas, contra el capitalismo, contra la mentalidad pequeñoburguesa, contra la comodidad y la seguridad, contra la sociedad de consumo, contra la moral tradicional; en pro de la liberación del instinto, el deseo, las pasiones, el odio a la policía (¡Sí, señor!), la voluntad de poder y la creación de un orden de libertad más elevado.[51]

Principales diferencias entre el régimen de Hitler y el de Mussolini

Se ha sugerido que el movimiento nazi y el fascista, y los regímenes de Hitler y de Mussolini no pueden clasificarse juntos más que a un nivel muy alto de abstracción. Cuando se observan de cerca, muchas veces las diferencias son más llamativas que los parecidos, tanto si se estudia la cuestión del potencial revolucionario como otros aspectos. Una lista parcial de las diferencias básicas abarcaría las siguientes consideraciones:

1. La ideología hitleriana se basaba en la raza, la del fascismo en el nacionalismo en sentido político y cultural. De ahí que la ideología hitleriana tendiese a la exclusividad revolucionaria, mientras que la del fascismo tenía una formulación más compleja y sincrética. Mussolini insistía en que el

fascismo incorporaba aspectos del liberalismo, el conservadurismo y el socialismo en una síntesis más elevada; Hitler aspiraba a un rechazo revolucionario de las doctrinas rivales. Todos los aspirantes a revolucionarios tienen por objetivo un «hombre nuevo». El de los nacionalsocialistas sería un nuevo producto biológico, además de cultural; Mussolini esperaba simplemente intensificar la enseñanza del fascismo en las escuelas.

2. En cuanto a estructura, el régimen de Mussolini siguió siendo en gran medida formalmente un Estado de derecho con semipluralismo. Esto, naturalmente, impuso considerables limitaciones al potencial revolucionario del sistema de Mussolini, y además permitió que los adversarios del *Duce* dentro del Estado acabaran derrocándolo. El *Führerstaat* hitleriano, pese a no formular una teoría elaborada del totalitarismo, fue una dictadura mucho más compleja del gobierno unipersonal.

3. El NSDAP desempeñó un papel mucho más importante que el PNF. Aunque el régimen de Hitler no se convirtió formalmente en un Estado-partido dirigido en teoría (y normalmente también en la práctica) por el partido, como en los países comunistas, fue surgiendo una dualidad de poderes del partido y del Estado que Hitler tendió a impulsar cada vez más en favor del partido o de sectores de éste. El PNF, en cambio, no gozaba más que de una autonomía muy limitada y en gran medida se vio transformado en una burocracia estatal subordinada. Sin embargo, la estructura semipluralista y de derecho del régimen de Mussolini, al no ser ni totalitaria ni una dictadura completamente unipersonal, logró conservar un cierto nivel de autonomía formal para el Gran Consejo Fascista, que éste acabó utilizando para deponer a Mussolini.

4. El antisemitismo en su forma más extremada era consustancial con el nacionalsocialismo. En cambio, el fascismo italiano no era racista más que en el sentido convencional de principios del siglo XX en Europa, y en sus dos primeros decenios no fue normalmente antisemita. En los comienzos del fascismo, los judíos tuvieron un papel desproporcionado en relación con su número en la sociedad italiana.

5. Al final, la política exterior de Hitler transcendió los objetivos expansionistas e imperialistas tradicionales de Alemania al intentar una reestructuración racial revolucionaria de Europa. Las aspiraciones de Mussolini permanecieron en gran medida en la órbita de la política nacional/imperialista italiana tradicional, cuyo objetivo era la expansión colonial y la explotación de conflictos limitados dentro de la zona del Mediterráneo.

Estas diferencias las advertían claramente de una forma u otra los nazis y los fascistas, y en diversas formas se volvieron a expresar en los últimos años de la guerra[52], al terminar la cual uno de los dirigentes fascistas iniciales más sensibles y observadores, y miembro del Gran Consejo –Giuseppe Bottai– estaba combatiendo en la Legión Extranjera francesa contra Alemania.

Algunos parecidos entre el nacionalsocialismo y el comunismo

La incapacidad del régimen de Mussolini para superar sus componendas derechistas, junto con sus orígenes y sus doctrinas disímiles, impidió una convergencia revolucionaria entre el régimen de Mussolini y el de Hitler. A su vez, el régimen de Hitler, con su rechazo del marxismo y el materialismo y de los principios formales de totalitarismo burocrático, no adoptó la misma forma que el comunismo ruso, pese a las teorías de algunos críticos acerca de un supuesto totalitarismo compartido. Sin embargo, hubo algunas formas específicas en las que el nacionalsocialismo tenía paralelismos

con el comunismo ruso, en medida mucho mayor de lo que podía tener el fascismo. En la siguiente lista se sugieren algunos de los parecidos y paralelos:

1. El frecuente reconocimiento por Hitler y diversos dirigentes nazis (y también por Mussolini) de que sus únicos rivales revolucionarios e ideológicos se hallaban en la Rusia soviética.

2. La fundación, tanto del nacionalsocialismo como del comunismo nacional ruso, sobre la base de una teoría de la acción revolucionaria, según la cual el éxito en la práctica daba validez a la innovación ideológica, a medida que la Unión Soviética fue abandonando gradualmente importantes aspectos de la teoría marxista tradicional.

3. Doctrinas revolucionarias de «lucha constante».

4. Un elitismo rígido y el principio de la jefatura: era nacionalsocialista quien siguiera a Hitler; un bolchevique no era necesariamente un marxista, sino quien siguiera a Lenin.

5. Adopción de la teoría de las naciones desposeídas y proletarias, que Lenin no hizo suya hasta después de que se hubiera introducido en Italia.

6. La construcción de una dictadura unipartidista independiente de cualquier clase determinada.

7. Atribución de gran importancia no sólo a una milicia política (que era cada vez más frecuente a fines del siglo XIX y principios del XX), sino a un partido-ejército, con un ejército regular controlado por el partido; en 1943, Hitler había empezado a introducir «oficiales de orientación nacionalsocialista» en el ejército regular, como equivalentes de los comisarios[53].

8. Importancia de la autarquía y de una gran militarización (no sólo parcial), aunque la ausencia en Alemania de un sistema y una economía de burocracia estatal autoritaria hizo que esto fuera proporcionalmente algo menos completo que en Rusia; promoción de la guerra revolucionaria,

siempre que fuera posible, como alternativa a un desarrollo interno completo y equilibrado.

9. Una fase NEP de pluralismo parcial en la vía hacia una dictadura más completa (común, desde luego, a la mayor parte de los sistemas dictatoriales, aunque más abreviada en países como China y Cuba).

10. Proyección internacional de un nuevo mito ideológico como alternativa a las ortodoxias imperantes, capaz de obtener una respuesta internacional nada desdeñable; las variantes de la ideología nazi y de la fascista constituyeron las últimas innovaciones ideológicas notables del mundo moderno después del marxismo.

Esta lista provisional no se expone para proponer una teoría del «fascismo rojo», ni la idea de que el comunismo y el nazismo han sido esencialmente iguales. Existían algunas diferencias fundamentales, como se ha señalado antes, entre el sistema ruso y el alemán. Pero el nacionalsocialismo hitleriano tenía más paralelismos con el comunismo ruso que ningún otro sistema no comunista.